

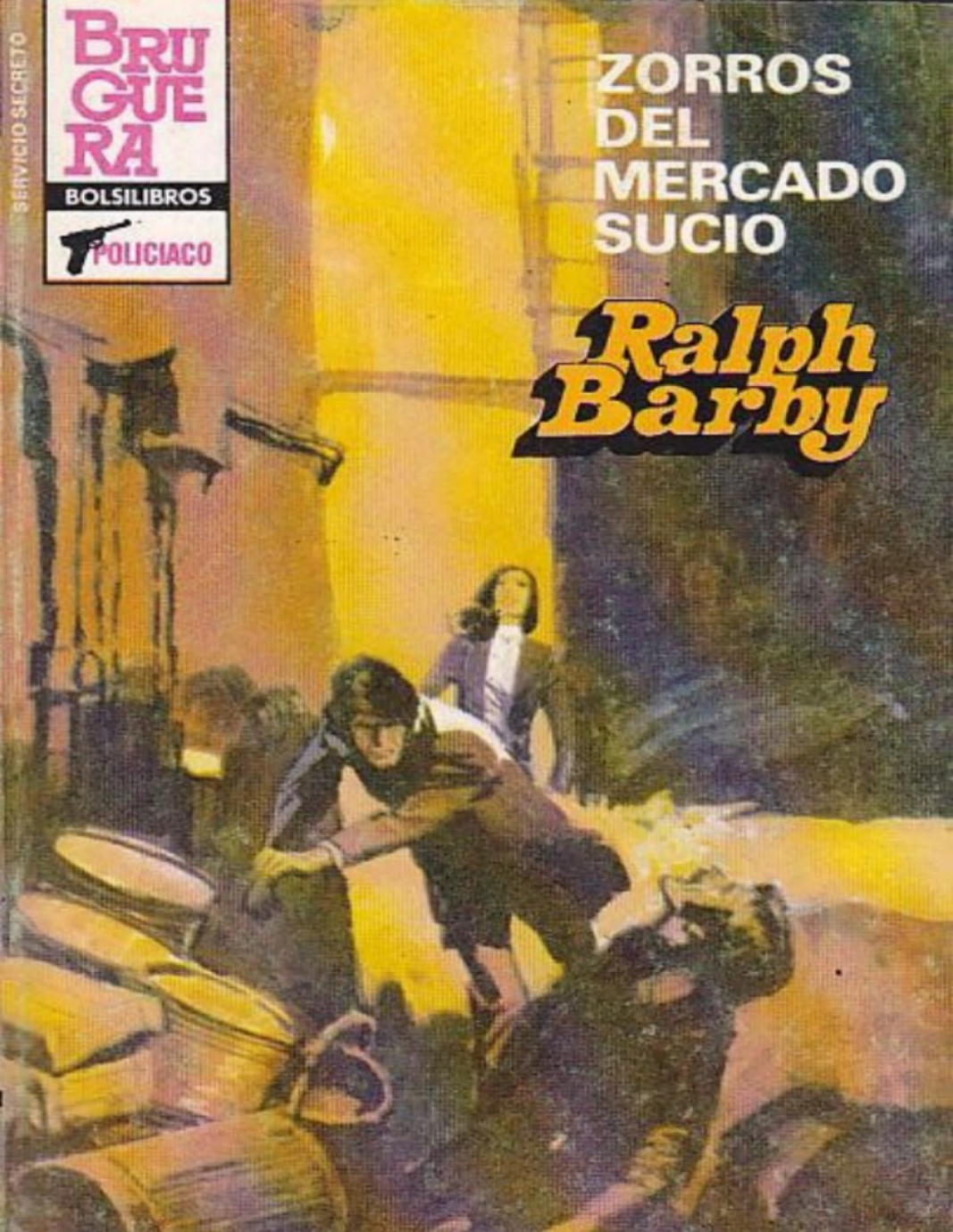
**BRU
GUE
RA**

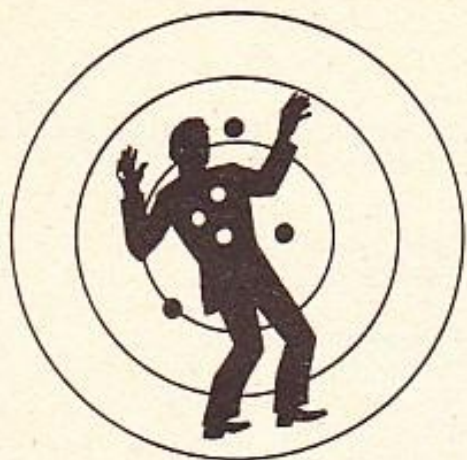
BOLSILIBROS

POLICIACO

**ZORROS
DEL
MERCADO
SUCIO**

**Ralph
Barby**





SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY
ZORROS DEL MERCADO SUCIO

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.758 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE: 585 — Colt a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO: J.705 — Un tipo cínico como
yo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.437 — Aguacates. En Colección PUNTO ROJO:

1.141 — ¿Quién es la loba feroz? En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.891 — Un zángano con revólver.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un Colt.

ISBN 84 02 02513 7 Depósito legal: B. 13.802-1984

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: mayo, 1984 1.a edición en América:
noviembre. 1984

© Ralph Barby • 1984 texto

© Desiló - 1984 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA. S.

A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Madeleine cogió levemente del brazo a la bella y joven Heloise.

—Allí está, te lo voy a presentar. Es bueno que seas simpática con él, te interesa si quieres ser elegida Miss Francia.

—¿El organiza el concurso de Miss Francia? —preguntó la muchacha.

—No, pero él puede hacerte miss de su discoteca y a partir de ahí, entrarás en el concurso de Miss Francia. Ya te dije que yo te llevaría al triunfo y lo conseguiré. ¿No te saqué en mi revista?

Le mostró una revista que sostenía en su mano.

—Sí, claro, seguro que usted me hará triunfar y yo se lo deberé todo, pero...

—¿Pero qué?

—Es que yo quiero que todo sea limpio.

—Pues claro que será limpio. ¿Quién te ha llenado la cabeza de tonterías? ¿Algún universitario progre que ve fantasmas por todas partes?

Heloise se dejó llevar por Madeleine que se había convertido en su manager particular. La joven había decidido depositar su confianza en aquella mujer porque era directora de *Femme Sexy*, una revista de tercera categoría... pero Heloise, con ansias de destacar en la vida, no sabía calibrarla.

—¡Basil!

El hombre de piel morena se sentaba bajo un parasol frente al mar de la Costa Azul. Cubría su cabeza con un sombrero negro y protegía sus ojos con gafas oscuras.

Al volverse, no clavó sus ojos en Madeleine que ya tendría los cuarenta, aunque estaba de muy buen ver pese a estar algo cargadita de kilos, especialmente en los pechos y en las nalgas.

Basil, que tendría cerca de los cincuenta, era un experto en valorar la belleza femenina. Se fijó en Heloise, alta, espigada y bien formada, pues apenas podía ocultar nada dentro del minúsculo bikini.

—Bonita chica.

—Basil, esta jovencita se llama Heloise. Ya te dije que traería a la chica ideal para convertirla en miss de tu discoteca este año.

—¿Este es el ejemplar que me has seleccionado?

—Seguro que no has visto otra igual en mucho tiempo.

Heloise se sonrojó ligeramente, y aquel rubor no pasó inadvertido al resabiado propietario de la discoteca.

—La he sacado en dos ocasiones en el poster central de mi revista.

—Veamos.

Madeleine mostró el póster en el que Heloise aparecía en tanga. Basil pudo admirar los hermosos pechos de la muchacha que quería destacar.

—¿Puedo comprobar al natural si todo es auténtico?

—Tranquilo, Basil, no es ganado de consumo. Para Heloise tengo mucho futuro, ha de ser Miss Francia.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Basil.

—Heloise —respondió la joven con cierta timidez.

—¿Qué opinas? ¿Llegarás a Miss Francia? En el poster te ves muy bien.

—¿Harás algo por ella?

—La verdad. Madeleine, tengo otras dos recomendadas.

—No serán tan bonitas como Heloise.

—A mi me han parecido estupendas. Ahora, a las misses, además de ser bonitas, se les pide que sepan moverse, practicar deportes, hablar idiomas. Si la miss de mi discoteca tiene posibilidades de aspirar a ser Miss Francia es precisamente porque somos muy rigurosos en la selección.

—Heloise vale mucho. Anda, querida, siéntate.

—¿Sabes esquiar en el agua? —le preguntó Basil.

—Sí; no soy una campeona, pero no lo hago mal.

—Eso puede ser interesante. Ya sabes que tenemos una pantalla gigante de video en la discoteca y solemos pasar proyecciones en las que demostramos lo que valen las aspirantes.

Madeleine insistió:

—Heloise vale mucho.

—Me siento como una yegua en el mercado de ganado —protestó Heloise con una sonrisita con la que trataba de suavizar su queja.

—Ven, tengo la lancha ahí abajo en el puerto. Veremos qué tal esquías.

—Anda, ve y demuésttraselo —la animó Madeleine.

—Está bien —aceptó la joven.

Madeleine la empujó suavemente al tiempo que decía:

—Os acompañaré; me apetece un paseo en lancha.

—No, no, tú te quedas aquí —cortó Basil—, Yo la llevo a dar un paseo, volvemos en media hora.

Heloise se dejó conducir al embarcadero. Subieron a la magnífica

lancha motora que Basil puso en marcha, saliendo con facilidad del muelle.

—Iremos hacia las playas. ¿De acuerdo?

—Bien.

—Ahí atrás está el patín, hoy hace una estupenda mar llana. —Se volvió hacia Heloise y mirándola significativamente, inquirió—: ¿Por qué no te quitas el sujetador? En top-less estarás más parecida a la revista. Después de todo, no puedes negarte si ya te han visto los lectores de la *Femme Sexy*.

Heloise iba a quitarse el sujetador, pero al final se abstuvo.

—Luego siento algo de frío. Basil se rió sonoramente.

—No me digas que ese trapito te abriga mucho, encanto.

—Pues sí, los pechos son muy sensibles a la temperatura.

—Como quieras, pero para llegar a ser Miss Francia te conviene ser menos mojigata.

—He oído decir que las chicas que han aparecido desnudas en revistas no pueden ser elegidas misses.

—Bah, tonterías. Cuando la elegida no interesa por las razones que sea, siempre se busca un pretexto para destituirla y nombrar a otra. Al fin y a la postre, siempre resulta elegida la que nos interesa a nosotros, los que manejamos estos concursos.

Heloise era joven, ambiciosa de fama y triunfo, pero no estúpida y se daba perfecta cuenta de lo que Basil intentaría con ella. El juego que debía llevar era difícil, estaba sobre un terreno resbaladizo, pero esperaba salir bien del trance.

Ella sería la gacela y los hombres como Basil, los lobos que querrían beneficiársela.

Heloise deseaba alcanzar el éxito, saltar del anonimato a la fama, pero sin prostituirse.

No muy lejos, más cerca de la playa donde los bañistas chapoteaban, divisó un

windsurfer con vela roja y negra.

—Voy a disminuir velocidad —dijo Basil.

Heloise se lanzó al agua tras haber arrojado el patín y la cuerda de arrastre.

Puso sus pies en el patín. La lancha aumentó su velocidad y la cuerda se tensó, comenzando a jalar de la joven que emergió hasta quedar sobre el patín, ya fuera del agua. El deslizamiento resultaba muy agradable, pero había que mantener el equilibrio.

El agua espumeaba junto a sus pies. La figura esbelta y hermosa

de Heloise parecía surgir del agua espumosa como la mítica Venus cuando, de pronto...

La explosión sorprendió a la muchacha.

Lo vio todo rojo y se sintió sacudida violentamente. Perdió el patín y se sumergió en las aguas. Tuvo la impresión de que iba a morir, no sabía lo que había sucedido.

Con los ojos abiertos, lo vio todo azul verdoso. Cuando su cabeza volvió a emerger a la superficie del mar, ya no vio la lancha. Olía a quemado, olía fuertemente a algo desconocido para la muchacha.

—¡Socorro, socorro! —gritó, levantando la mano. Sabía nadar, pero estaba segura de que nadando no conseguiría llegar a la playa.

La plancha con vela que viera con anterioridad casi volaba hacia ella hasta que consiguió llegar a su altura. Manejando aquella minúscula embarcación deportiva había un hombre de piel tostada por el sol, un hombre atlético y alto, de cabellos lacios castaño cobrizos, un hombre seguro de sí mismo que con voz bien timbrada le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Me ahogo...

—Cógete a la tabla, a la popa.

No era la mejor forma de salvar a una chica que iba a ahogarse, pero era difícil que ella consiguiera subir a una embarcación que ya de por sí tenía muchas dificultades para mantenerse en equilibrio.

El desconocido manejó la vela con habilidad y logró llevar el *windsurfer* hasta la playa.

En torno a ellos se acumularon los curiosos.

Aquel desconocido que la había salvado dejó la tabla de vela, que era de alquiler. Tomó a Heloise entre sus brazos y se abrió paso llevándola hasta un automóvil que no estaba lejos. La metió dentro, puso en marcha el coche y se alejaron de la playa.

—Lláname Guy —se presentó.

—¿Adónde me llevas?

—A tomar algo para que te recuperes.

Heloise no se opuso. Ignoraba quién era aquel hombre, pero se sentía bien a su lado. El iba en bañador, como ella en bikini, y ambos mojaron los asientos del coche con el agua que se escurría de su cuerpo.

Se detuvo en una calle donde había locales, bares y centros de compra de tipo turístico. Guy se puso una camisa sin abrochar y ya en la acera, tras tomar un bolso de mano en el que llevaba su documentación, su cartera y las llaves del coche, invitó a Heloise a

acercarse a uno de los bazares. Escogió un vestido amarillo que estaba colgado y le preguntó:

—¿Te irá bien?

—No sé —respondió ella, todavía aturdida.

Guy se lo metió por la cabeza y ella terminó de amoldarlo a su cuerpo.

—Perfecto, tienes buen ojo para las medidas.

Guy observó que la falda dejaba ver gran parte de sus bonitas piernas y le pareció óptimo. Pagó el vestido y se llevó a Heloise a una terraza. La sentó ante una mesa y pidió:

—Dos vodkas orange.

Cuando el camarero les sirvió, la joven dijo:

—Creo que estoy causando demasiadas molestias a mi salvador.

—En absoluto, es un placer ayudarte. Por cierto, ¿qué ha ocurrido?

—No lo sé —confesó con sinceridad, bebiendo del vaso que tenía unos pedacitos de hielo flotando—. Estaba esquiando cuando la lancha ha estallado. Dios mío, ¿qué habrá sido de Basil?

—¿Le conocías?

—No; bueno, no sé, me lo han presentado como el propietario de la Discothèque Enfer.

—La lancha habrá estallado porque llevaría algo indebido en ella. La policía se encargará de investigarlo, si es que encuentran restos suficientes para efectuar la investigación.

—¿La policía?

—Sí, claro, ha desaparecido un hombre.

—¿Y me llevarán a mí a la comisaría?

—No tengas miedo, sólo tendrás que decir que esquiabas, que has caído al agua y que te han salvado, nada más.

Heloise gimoteó.

—Yo quería ser Miss Francia...

—Ya, y luego. Miss Mundo.

—¿Es que no soy suficientemente bonita para conseguirlo?

—Sí, ya lo creo, eres espléndida. ¿Vas por libre?

—¿Por libre? No entiendo.

—Anda, bebe un trago, te sentará bien. El día es hermoso y tú estás viva.

—Pero un hombre ha muerto.

—Un hombre ha muerto cerca de ti, querrás decir, porque en este mismo momento están muriendo muchos hombres y mujeres y están

naciendo niños y niñas. La vida es algo que se crea y se termina a cada instante.

—¿Según tú, la muerte carece de importancia? —inquirió, asombrada.

—Bueno, preguntado así, la tiene y no la tiene. No podemos impedir que la gente muera.

—Pero ¿con violencia?

—Sí, eso es malo. Mejor será que no hablemos de ello; verás como dentro de un rato

todo será distinto. El sol seguirá brillando en tus ojos—. Con el dedo le apartó las lágrimas que tenía sobre las mejillas—. ¿Con quién estás?

—Con Madeleine.

—Tú eres de París, ¿verdad?

—Sí, soy de París, pero allá hay mucha competencia. Madeleine dijo que debía comenzar por la Costa Azul; tenía que ser miss de la Discothèque Enfer.

—¿Tan importante es ese local?

—Madeleine asegura que sí. La chica que resulta elegida Miss Discothèque Enfer tiene muchas posibilidades de ser incluida entre las aspirantes a Miss Francia, porque después la nombran Miss Costa Azul y la invitan a Montecarlo y todo eso da mucha publicidad.

—Bien; si no te importa, esta noche te llevaré yo a la Discothèque Enfer.

—Es que ahora, su propietario está muerto —exclamó Heloise.

—¿Estás segura de que él era el propietario? Hay mucho hombre de paja en los negocios, especialmente si son algo sucios.

—Madeleine me aseguró que Basil era el dueño de la discoteca.

—Es posible. Bien, ¿adónde quieres que te lleve?

—No sé, yo estaba con Madeleine.

—¿Es la que te «maneja» para que llegues a ser Miss Francia?

—Sí, es la directora de una revista, de la *Femme Sexy*.

—¿Una revista porno?

—No —protestó la muchacha.

—Te llevaré al hotel y si quieres, esta noche te invito a la discoteca Enfer.

—Es que ya no sé si...

—¿Quieres hacerme caso?

—Sí.

—Pues tú no sabes nada, absolutamente nada.

—¿De qué?

—De lo ocurrido. Olvida la canoa, a menos que la policía te detenga y te interroge.

—¿Y qué le digo a Madeleine?

—Nada, que Basil se ha largado.

—Pero, ella preguntará...

—Dile que te ha dejado en la playa o que te has caído del patín y te has ido nadando, salvo que quieras verte en problemas con la policía.

—No, no quiero verme en problemas con la policía. Ya sé que Madeleine diría que eso me daría publicidad, pero sería publicidad para su revista, porque para mí sería negativa. No me elegirían Miss Francia.

—Ya verás cómo esta noche pensarás que todo ha sido un sueño. Ahora, tranquilízate y sé dueña de ti misma. Una Miss Francia debe ser una chica muy segura de sí.

—Guy, eres mi salvador.

Cuando Heloise estuvo totalmente tranquilizada, Guy la llevó en su coche hasta el hotel donde ella se hospedaba, y allí se encontraron a Madeleine visiblemente nerviosa.

—¡Heloise! —exclamó Madeleine, asombrada y contenta al mismo tiempo. Después de haber visto muy lejana la explosión de la lancha, la creía ya muerta.

CAPITULO II

Omar ben Jatai era un árabe relativamente joven, alto, atlético, de barba recortada y ojos vivaces. Era un hombre despierto, preparado para enfrentarse a cualquier situación difícil, y capaz a la vez de llevar con gran elegancia y soltura un smoking en el casino Ruhl.

Hospedado en el hotel Meridien de Niza, aguardaba con cierto nerviosismo. Fumaba un cigarrillo tras otro sentado en la terracita de su habitación. El teléfono no estaba lejos, podría oírlo en cuanto sonara y así sucedió.

Al primer timbrado, Omar ben Jatai se puso en pie. Al tercer timbrado, ya descolgaba el auricular.

—Diga.

—¿Omar?

—Sí.

—Soy tu amiguita.

—Bien —dijo, como respondiendo a una consigna preestablecida.

—Sal a la calle. Fíjate en la cabina de teléfonos y espera allí. En cuanto veas que un coche se detiene y se abre la portezuela, sube.

Iba a decir «de acuerdo», pero no tuvo tiempo; la comunicación se cortó, la mujer acababa de colgar.

Todo iría bien, se decía Omar ben Jatai, aunque sabía que en cualquier momento podía recibir un tiro en la nuca y su cuerpo, abandonado en alguna esquina, se convertiría en un problema insoluble más para la policía francesa.

Se puso un chaleco de piel sobre la camisa. Pasó la mano por sus cabellos negros y ondulados y se miró al espejo. Pensó que de nada serviría que se llevara consigo una pistola; no obstante, metió en su manga un extraño cuchillo de cristal y mango de plástico, un cuchillo menos frágil de lo que pudiera parecer al primer vistazo y que tenía la particularidad de no ser descubierto por los detectores de metales.

Salió del hotel fumándose un cigarrillo, como si se dispusiera a dar un paseo o a comprar una revista. Anduvo hacia la cabina de teléfonos pública, esperó, y no tardó en aparecer un taxi que se detuvo junto a él.

El hombre que viajaba como pasajero abrió la portezuela, mas no descendió del vehículo. Omar ben Jatai entendió que aquél era el coche que tenía que recogerle y subió al mismo.

Cerró la portezuela y el taxista reanudó la marcha, mezclándose con el resto del tráfico de la ciudad mediterráneo-francesa.

El viajero del taxi era un hombre de estatura media, recio, de cara ancha. Llevaba gafas con fina montura de oro; su actitud era grave y cínica a la vez. Su escaso cabello era rubio claro.

—Bien, bien, ¿ha tomado todas las precauciones exigidas? —preguntó el hombre de las gafas.

—Por supuesto, no quiero que me maten.

—¿Su grupo está dispuesto a pagar el precio estipulado?

—Si la mercancía es buena, desde luego.

—¿Para qué quieren la mercancía?

—Para demostrar que tenemos mayor poder de operatividad bélica.

—Ustedes, los terroristas, ya no se conforman con comprar morteros de grueso calibre y lanzar granadas.

—No somos terroristas —corrigió—, somos guerrilleros patrióticos.

—Ah, sí, claro, me olvidaba. Son el grupo de liberación patriótica de un país de las mil y una noches.

—Es mejor que no hablemos demasiado —cortó Omar ben Jatai—. Podría haber micrófonos ocultos.

—¿Cree que yo podría estar espiándole para comprometerle?

—¿Y quién me asegura que no? —replicó el árabe con una sonrisa irónica.

El hombre de las gafas suspiró mientras el coche rodaba hacia la salida norte de la ciudad.

—Por supuesto, el gobierno de mi país no les va a vender la mercancía; es más, este tipo de mercancía no se vende ni siquiera a todos los gobiernos constituidos e incluso amigos. Es material bélico de alta tecnología, de gran precisión y efectividad, como ya se sabe en todo el mundo y más entre los especialistas de los ejércitos. Mercancía bélica que otorga un gran poder ofensivo a quien la posee.

—Por eso mi grupo quiere comprar —puntualizó el árabe.

—La mercancía es difícil de conseguir, incluso vendiendo a un buen precio.

—Nosotros tenemos dinero en divisas internacionales para pagar.

—No me extraña. Mis informes son de que asaltan bancos, hacen chantajes y utilizan el sistema del secuestro para obtener dinero.

—Los medios de conseguir dinero es cosa nuestra; la cuestión es que podemos pagar la mercancía.

—Por eso vienen a comprar en el mercado negro.

—Algunos lo llaman «mercado sucio» —puntualizó Omar ben

Jatai.

—No me gusta esa expresión.

—Sí, ya sé que hay gobiernos que utilizan a los traficantes para vender sus armas sin ensuciarse la cara ni las manos. Los traficantes sólo rinden pleitesía al dinero, pero muchos gobiernos hacen lo mismo y venden sus armas a facciones contrarias a las supuestamente amigas. También se utilizan las ventas clandestinas de armas para favorecer la desestabilización de los países que interesa desestabilizar, y siempre quedan como culpables los traficantes de armas internacionales, traficantes clandestinos, por supuesto, pero cuyos proveedores son fábricas reconocidas por los gobiernos.

—No se complique tanto la vida, Omar. Todos conocemos cómo funciona este mercado negro de armas internacionales —le replicó el hombre de las gafas, que no había delatado su propia personalidad.

El árabe era un hombre culto, hablaba muy bien, con propiedad. Posiblemente había estudiado en la Sorbona o en alguna universidad suiza.

—De acuerdo, tratemos del asunto que nos interesa.

—Tenga cuidado con las palabras que pronuncia. Aun estando seguros de que nadie nos va a escuchar, hay que tener cautela.

—¿Podrán vendernos el «maleficio».

—Depende.

—¿De qué?

—De varias circunstancias. La primera es que tendrá que sentarse en el suelo.

—¿Ahora?

—Sí, y colocarse las gafas que le daré y una capucha.

—¿No se fía de mí?

—En esta clase de negocios es más prudente no fiarse de nadie. Hay mucho dinero de por medio y mucho peligro. Imagínese que los miembros de la policía de su país se enteran de esta compraventa del «maleficio». Seguramente sería un placer para ellos convertir mi cuerpo en una criba de balas. Bueno, admito que hay otros gobiernos y grupos que desearían hacer lo mismo. Su grupo no es el primero que compra el «maleficio» desde que se demostró su efectividad, pese a lo caro que resulta.

—Si compráramos al gobierno francés, supongo que sería mucho más barato.

—Sí, pero cuando el gobierno vende a precio oficial se compromete con el país al que le vende esta mercancía tan preciosa y

en este caso, ni el gobierno francés ni ningún otro gobierno querría comprometerse. Si quieren comprar, han de hacerlo en el mercado negro. En el mercado negro se puede comprar lo que sea siempre que se pueda pagar, claro.

Omar ben Jatai aceptó la premisa de colocarse las gafas oscuras y encima la capucha; tenía que someterse totalmente.

El coche siguió rodando. Era muy difícil determinar por qué carreteras circulaba. En ocasiones, giraba a la derecha y otras, a la izquierda. Podían estar dando vueltas. De lo que estaba seguro era de que no iban a dejarle ver el reducto en que tenían su guarida los traficantes de armas clandestinos.

Tras una hora de circulación, descendieron a un parking subterráneo. La rampa era en espiral. Al fin, el coche se detuvo y el hombre de las gafas exigió:

—No se quite la capucha. Si hace una tontería, no hay posibilidad de trato y además le puede costar la vida.

Omar ben Jatai tuvo dificultades en salir del coche y ponerse en pie; había estado demasiado encogido. Le ayudaron. Allí dentro olía a humos de gasolina, por lo que pensó que había coches encerrados; estaba en un parking subterráneo, no cabía duda.

Le condujeron ante una puerta metálica, pudo oír como la abrían. Siguieron guiándole hasta que lo sentaron en una butaca. Pudo oír cómo se cerraba una puerta y luego escuchó un cuchicheo.

—Puede quitarse la capucha y las gafas —le dijo el hombre que le había conducido hasta allí.

Cuando Omar ben Jatai liberó sus ojos, se vio en una salita enteramente tapizada en moqueta negra mate, incluido el techo. Unas lucecitas rojas era lo único que podía ver. Había butacas y sentados en ellas, varios hombres.

De pronto, frente a él se iluminó una pantalla de televisión.

—¿Un video? —preguntó el árabe.

—Correcto —le respondieron.

Exocet fue el título del video.

Omar ben Jatai pudo ver un Mirage cargado con un misil despegando de un aeropuerto.

Luego, se le veía volando sobre el mar y después, disparaba.

Una cámara seguía la marcha del misil que volaba sobre el mar a escasa altura que llegaba a su blanco que se hallaba a dos docenas de millas.

El impacto en el blanco, un barco simulado, resultaba

tremendamente espectacular.

Tras aquella muestra de la operatividad del misil Exocet, el video proseguía. Se veía salir de un hangar uno de los misiles y, junto a él, varios militares. El que estaba en primer plano era el hombre de las gafas de oro, a Omar ben Jatai no le cupo ninguna duda. Llevaba el uniforme de coronel del Ejército del Aire francés.

Cuando el video terminó, se encendieron las lucecitas rojas.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó el hombre de las gafas.

—Muy bien, coronel —asintió Omar.

—Llámeme simplemente Mainfroi.

—¿Es más seguro?

—Sí. Ahora, venga conmigo.

Omar ben Jatai se puso en pie y le siguió. Saliendo, pasaron a una sala que también tenía techo y paredes pintadas en color negro mate.

Allí en medio, iluminado por focos, como si estuviera en una exposición de ventas, había un misil.

—¡Un Exocet! —exclamó el árabe. El coronel Mainfroi musitó:

—Le permito acariciarlo.

Omar ben Jatai quedó gratamente sorprendido por tener al alcance de su mano uno de los misiles franceses que tanto éxito, habían tenido en la guerra de las Malvinas. Se acercó a él y lo acarició instintivamente.

—¿Es auténtico?

—Puede hundir un portaaviones —respondió el coronel Mainfroi.

—¿Sabe el gobierno que está aquí? —preguntó Omar.

—Usted no está aquí para hacer preguntas —le replicó Mainfroi, agrio.

—Lo que usted diga, coronel. El Exocet es una maravilla.

—Ya sabrá que no vendemos menos de dos unidades.

—Sí.

—¿Cómo piensan lanzarlo?

—Tenemos una avioneta.

—¿Podrá cargar con él?

—Sí, conocemos las características del Exocet.

—Magnífico —aprobó Mainfroi.

Uno de los tres hombres que estaban allí junto a ellos y que en todo momento habían permanecido en silencio, preparó una cámara fotográfica polaroid y tomó una foto del árabe junto al misil.

Aguardó a que la fotografía quedara hecha y sacándola de la cámara se la entregó a Omar ben Jatai diciéndole:

—Para que la muestre a sus compañeros.

—Muy bien, así verán que lo he tocado con mis propias manos.

Mainfroi inquirió:

—¿Ya conoce el precio?

—Setenta y cinco mil dólares —respondió Omar.

—Exacto, más veinticinco mil por el transporte.

—¿Cómo? —exclamó el árabe, sorprendido.

—Hoy día el transporte es muy caro: además, se corren muchos riesgos. Como comprenderá, este misil no puede pasar por la aduana, hay que sacarlo clandestinamente de Francia. Estaría muy feo que los periodistas se enteraran de esta venta —observó Mainfroi, entre cínico e irónico.

—Cuando estalle, todo el mundo se enterará de que hemos disparado un misil Exocet.

—Primero tratarán de averiguar si es cierto que se trata de un Exocet —respondió el coronel Mainfroi.

—Y cuando se enteren, quedará mal el gobierno francés.

—En absoluto, amigo mío. Se hablará de un robo de misiles o de una venta fraudulenta llevada a cabo por alguno de los gobiernos a los cuales Francia suministra este tipo de armas. El gobierno francés jamás quedará implicado en el affaire.

—Pero no los venden con el consentimiento del gobierno, ¿no? —insistió Omar.

—Ya le he dicho que hace demasiadas preguntas. Hay muchos gobiernos que en ciertos momentos aseguran no apoyar a un determinado movimiento subversivo o a algún gobierno que tiene mala prensa, pero luego, por algún sistema complicado y clandestino, le ofrecen una ayudita.

—Entonces, que nos rebaje el precio —protestó el árabe.

—Eso no sucederá jamás. Cien mil dólares incluido el transporte, y no se venden menos de dos.

—Tendré que consultar con mi grupo.

—Es comprensible —aceptó Mainfroi—. Ahora le llevaremos de regreso a Niza y, cuando tenga tomada una decisión, se pondrá en contacto conmigo.

—¿Cómo?

—Ya se le informará en su debido momento, hay que tomar precauciones. Francia está llena de agentes secretos de todas las nacionalidades. Nadie debe descubrir la venta clandestina de Exocet. Un misil de esta clase, transportado por un simple globo, puede

destruir un portaaviones, con todo lo que eso significa. En el tráfico ilegal de armas, el Exocet es lo más sofisticado que se puede conseguir hoy día. Algunos grupos rebeldes han conseguido hacerse con pequeños misiles tierra-aire, pero no son comparables a un misil de esta clase. —Y le dio unas palmaditas al Exocet.

Omar ben Jatai estaba impresionado por haber podido tocar aquel misil que estaba a su alcance con sólo pagar los cien mil dólares USA que exigían por él; es decir, por doscientos mil dólares como mínimo.

Cualquier loco podía comprar aquel sofisticado cohete bélico si tenía dinero suficiente, colocarlo sobre un camión, sobre una montaña, apuntar a un trasatlántico y hacer el disparo, aunque el navío se encontrara a varias docenas de millas de distancia, tan lejos en alta mar que la vista humana no pudiera verlo; sin embargo, el ojo de infrarrojos con que estaba dotado el misil, lo detectaría y se dirigiría hacia él hasta hacer impacto y hundirlo con miles de seres humanos a bordo.

Ni siquiera los sistemas de defensa de un portaaviones podría frenarlo. El Exocet volaba

a escasa altura sobre el mar, buscando malignamente su objetivo. Por supuesto, no era un arma nuclear, pero sí poseía un elevado poder destructivo.

Apareció un hombre senegalés de casi dos metros de estatura que hizo una seña al coronel Mainfroi. Este se le acercó y el negro le habló al oído. Después, ambos desaparecieron por una puerta.

Omar ben Jatai se preocupó, pero trató de disimular su nerviosismo con una sonrisa, al tiempo que comentaba a los tres hombres que estaban allí, observándole, y que en todo momento habían permanecido callados:

—Con los Exocet, vamos a dejar sin marina a los tiranos que someten a mi país. Uno de aquellos hombres respondió:

—Los han comprado otros grupos de los llamados de «liberación» de todas las tendencias; claro, aquí no hacemos disquisiciones ideológicas, nuestra misión es vender. También compren algunos pequeños gobiernos de los que llaman tiranos y a los que oficialmente no se les puede vender estas armas tan sofisticadas.

Mainfroi y el senegalés regresaron. El militar dijo:

—Se terminó la reunión.

—Muy bien —aceptó el árabe—. Hablaré con mi grupo y tendremos listo el dinero para comprar los misiles. Sólo faltará

acordar el lugar y fecha de entrega.

—No habrá venta —silabeó Mainfroi como una sentencia. Su rostro estaba tenso, amenazador.

Omar ben Jatai comprendió que algo no marchaba bien; algo había ocurrido en el corto espacio de tiempo en que Mainfroi había sido requerido en otra parte.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Acaso no es bueno nuestro dinero?

Mainfroi sacó de su axila una pistola con la que apuntó al pecho del árabe.

—Levanta las manos —ordenó.

—Pero ¿qué diablos ocurre?

—Eres un infiltrado.

—¿Qué?

—Sí, en nuestro mundo de la clandestinidad os llamamos infiltrados cabrones. A nivel oficial, eres un contraespía.

—Me temo que se equivoca.

—Levanta las manos —ordenó, tajante—, a menos que quieras morir.

Omar ben Jatai obedeció con cierto recelo. El coronel Mainfroi ordenó entonces:

—Marcus, regístralo.

El senegalés obedeció, acercándose para cachearlo. El árabe permanecía con los brazos en alto.

—No lleva nada —aclaró el senegalés.

—Espera —exigió Mainfroi—. Quizá lleve oculto algún microtransmisor.

Señaló a otro de los hombres, el cual salió y al poco regresó con un detector que pasó por delante y por detrás del árabe. Al final, dijo:

—No lleva ningún emisor, ningún chinche, y ni siquiera lleva armas, nada metálico excepto el reloj, y el reloj no es de pilas.

—De acuerdo.

—Están equivocados —protestó Omar.

El negro sacó una pistola FN GP 35, un pistolón impresionante con el que apuntó al árabe.

—¿Qué hago? —inquirió.

—Llévatelo de paseo —ordenó Mainfroi.

A Omar ben Jatai no le hizo ninguna gracia la visión de aquel arma que un día utilizaron como de reglamento los hombres de las SS alemanas y que seguían empleando los terroristas de distintos países.

Trece cartuchos de nueve milímetros podían hacer mucho daño, y

estaba seguro de que un par de aquellos cartuchos se los iban a dedicar a él; lo vio en los ojos del negro senegalés. Había una especie de odio atávico entre el negro y el árabe,

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Sólo darte un paseo —replicó Mainfroi.

Marcus empujó al árabe con su pistola GP 35. Poco después pasaron a un garaje donde había una media docena de automóviles, dos de ellos con matrículas extranjeras. Allí también estaba el taxi junto al cual se hallaba el taxista que debía de ser falso.

Omar ben Jatai, siempre con el negro pegado a su espalda, avanzó hacia el taxi. Cuando se disponía a abrir la portezuela, sacó de la bocamanga el cuchillo de cristal especial, una hoja de difícil rotura y con los bordes afilados.

Volviéndose rápido, sorprendió al senegalés y le apuñaló en el abdomen.

—¡Aaaaagh!

Omar ben Jatai se metió en el taxi, ante el volante. Desde el exterior, el chófer disparó contra el árabe cuando éste ya le daba a la llave de contacto.

Gracias a que el motor se conservaba caliente, arrancó a la primera. Omar sintió la mordedura de la bala en su cuerpo. Puso la marcha atrás y terminó de atropellar al senegalés, que se hallaba de rodillas, aferrándose a la empuñadura del sorprendente puñal. El chófer siguió disparando y el árabe enfiló hacia la salida.

Aparecieron los demás hombres que estaban junto a Mainfroi. Uno de ellos tenía entre sus manos un subfusil Uzi de siniestro aspecto y comenzó a disparar contra el coche fugitivo.

—¡Perseguidlo! —ordenó, furioso, Mainfroi. Rápidamente dos coches se pusieron en marcha.

Fueron tras el fugitivo, cuyo vehículo estaba perforado por varias balas. Seguía con el motor y las ruedas intactas, aunque hacía ruidos extraños.

Persiguieron al falso taxi por las afueras. Omar ben Jatai se adentró en la carretera, se hallaba a la salida de un pueblecito cuyo nombre ignoraba. Tenía muchas dificultades para gobernar el coche, pues sufría el efecto de tres balazos.

El taxi hacia escalofriantes eses en la carretera, sus neumáticos chirriaban. Esquivó a dos coches, pero no pudo evitar rascarse toda la banda izquierda contra un tercero.

Un camión repleto de patos estuvo a punto de echársele encima.

Se salió de la carretera y volcó, produciendo un gran revuelo entre las aves palmípedas, que escaparon al romperse muchas de las jaulas.

Los perseguidores seguían acortando distancias. Omar ben Jatai apenas podía verlo por el espejo retrovisor.

De pronto, en una curva con un pequeño barranco al otro lado del arcén, un camión

cisterna le cerró el paso. El coche de Omar se salió de la cinta asfáltica y saltó al vacío.

Los coches que le seguían se detuvieron junto al arcén mientras el camión cisterna, viendo que allí había problemas, prefería continuar su camino.

De los coches saltaron tres hombres; uno de ellos era el mismísimo Mainfroi que, en el último momento, había subido a uno de los vehículos.

—Emil, ¿podrás darle un paquete?

Emil observó el coche que se hallaba al fondo del pequeño barranco; no estaba muy lejos y asintió con la cabeza.

—Si.

—Vamos, aprisa.

El tal Emil sacó del coche un paquete que parecía contener un libro, un paquete envuelto en papel y de aspecto inofensivo. Era el técnico en explosivos y carburantes del grupo; abrió una punta del paquete y apareció una argollita de plástico. Tiró de ella sacando con fuerza un hilo de nylon. Después, arrojó el paquete con maestría hacia el coche y acertó a que cayera sobre él. Pasaron tres segundos; el paquete estalló con gran violencia y mucho fuego, quedando todo el vehículo envuelto en llamas.

—Vámonos —dijo Mainfroi—. Este asunto ha terminado.

Subieron a los automóviles y se alejaron, dejando en aquel lugar una densa humareda que ensuciaba el cielo.

CAPITULO III

A Guy le molestó no encontrar a Heloise en el pequeño hotel costero. Sin embargo, el conserje le dijo que la muchacha no había abandonado el hotel, que volviera al día siguiente.

Guy aceptó aquellas explicaciones y se dirigió a la Discothèque Enfer.

Estaba animada. En tiempo veraniego, aquella discoteca tenía mucho público. No era muy grande, y sólo una vez a la semana contrataba artistas «en vivo», artistas que tampoco eran de primera línea, ya que hubiera costado demasiado contratarlos.

Los focos de luces, principalmente los láser, daban al visitante la sensación de hallarse en un lugar irreal. Aquellas luces psicodélicas, unidas a los ciento y pico de decibelios en forma de música, especialmente en baterías y sintetizadores, creaban una fuerte confusión a quien no estuviera acostumbrado o fuera demasiado mayor.

A las once de la noche, disminuían los decibelios y la música se hacía más soportable. Los bailarines que se habían movido por separado podían aparejarse y frotar sus cuerpos con sensualidad.

En un palquito situado en el primer piso se hallaba una bellísima rubia de ojos azules, una mujer que atraía las miradas de los hombres jóvenes y menos jóvenes. Ella no era una niña, estaba lejos de serlo, pero tenía más atractivo que muchas chicas que aún no habían llegado a los veinte años. Un camarero le llenaba la copa con champaña Dom Perignon.

Guy fue hacia ella y se sentó a la mesa frente a la mujer. Esta le miró con sus ojos muy brillantes. Sostenía la copa frente a su rostro, bebió un poco y luego dijo:

—Márchate, no te he invitado.

—Yo creía que sí. ¡Camarero!

—¿Sí, señor?

—Una copa para mí.

—En seguida, señor.

—Eh, espera —cortó ella.

—No te molestes, mujer, quería hablar contigo o con tu socio.

—¿Mi socio?

—Sí, Basil.

El camarero miró a un lado y a otro, sin saber qué decisión tomar.

—Tráele una copa —dijo ella entonces.

—De acuerdo —aceptó el camarero, ya más tranquilo.

La mujer miró a Guy, que vestía un pullóver fino, rojo brillante. Su piel se veía tostada por el sol mediterráneo. Su aspecto era joven y fuerte, pero su rostro tenía el aspecto, la expresión del hombre que ha vivido mucho y sus ojos reflejaban algo de cinismo.

—¿Cuánto mides? —preguntó ella.

—Metro noventa. ¿Consideras que soy un enano? Coqueta y sensual, preguntó luego:

—¿Todo en ti está proporcionado a la estatura?

—Supongo que sí, aunque pudiera ser que lo que tú piensas, un poco más.

—Vaya, estás muy pagado de ti mismo.

—Sería para mi un placer retozar contigo toda una noche.

—¿Sólo una noche?

—Primero hay que catar, luego se puede repetir. Un coche en el escaparate puede ofrecer un aspecto inmejorable, pero hay que ponerlo sobre la carretera. Sólo pisando el acelerador se sabe si el motor responde.

—Y también los frenos —le observó ella.

El camarero puso la copa frente a Guy y él mismo escanció el valioso champaña.

—Chin chin —dijo Guy, levantando la copa—. Porque podamos celebrar este encuentro.

—Chin chin —respondió ella.

Bebieron. Los ojos de ambos se escrutaban mutuamente.

—Quería ver a Basil.

—No está —dijo la mujer, simplemente.

—Creí que estaba en Niza.

—Pues se ha ido.

—¿A Montecarlo, a jugarse los francos que aquí gana?

—No da explicaciones cuando se va. ¿Tanto interés tienes en verle?

—Me he enterado de que tú eres su socia. La verdad es que tenía que ponerme en contacto con él.

—¿Un asunto importante?

—Sí.

—¿Se trata de algo para la discoteca?

—No, se trata de algo que me importa a mí y a unos amigos míos.

—Basil y yo somos socios, como ya te habrán dicho, y no hay secretos entre nosotros.

—Eso tendría que decírmelo Basil.

—En cuanto vuelva por aquí, se lo preguntas.

—La verdad es que tengo algo de prisa.

—Quizá Basil tarde algunos días, y si tienes prisa por hacer algún trabajo interesante, quizá yo podría ayudarte, porque no creo que tú seas de la clase de hombres que piensan que sólo vosotros estáis capacitados para hacer negocios.

—No, claro que no, pero se trata de algo delicado.

—Tú no eres francés, ¿verdad?

—¿Y por qué opinas que no soy francés?

—Hablas francés, pero tienes un acento demasiado académico, diría yo.

—Será porque fui a un liceo muy selectivo.

Ella miró hacia la pista donde danzaban muchachos y muchachas.

—Esto está un poco aburrido. ¿Te parece que vayamos a otra parte?

—¿Adónde?

—A Montecarlo, por ejemplo.

—¿A Montecarlo, ahora?

—Sí, tengo un pequeño apartamento allá.

—¿Estará Basil allí?

—No, no creo.

—¿No se notará tu ausencia aquí?

—No, la discoteca funciona bien sin los propietarios.

—Entonces, vámonos.

—Puedes dejar tu coche aquí, iremos en el mío.

—Si no es un cacharro, ¿por qué no?

El coche de Ivanna resultó un Alfa Romeo.

—No está mal —aprobó Guy.

—Sí, pero lo conduzco yo —advirtió ella.

—De acuerdo.

Se sentó junto a ella. Ivanna sacó el coche de la ciudad de Niza y no tardó en tomar la Moyenne Corniche, un camino que ella y muchos otros como ella estaban acostumbrados a recorrer con mucha facilidad.

Era de noche y los faros barrían la oscuridad. De vez en cuando, Ivanna miraba a Guy de reojo, como buscando el temor en el rostro varonil.

—¿No tienes miedo a morir? —preguntó ella cuando los neumáticos chirriaban, dando la impresión de que iban a salirse de la

carretera.

—Cuando llegue mi hora, no podré evitar la muerte. En varias ocasiones la he sentido muy cerca, pero, ya ves, estoy vivo y rodando casi a doscientos por hora por una carretera costera y de noche. Espero que sepas conducir bien, porque si yo me muero nos iremos juntos al infierno, donde espero nos reserven una suite.

—¿De veras estás pensando en eso? —preguntó ella con mucha picardía.

—Verás, la velocidad me calienta los «pistones».

Ivanna se rió sonoramente. Aflojó el pie sobre el acelerador y poco después, cruzaban la frontera sin problemas.

Guy observó que Ivanna se movía por Montecarlo como pez en el agua. Tener la frontera tan cerca daba muchas posibilidades de escape. Al otro lado del diminuto Montecarlo estaba Italia; más al norte, Suiza. Algo más lejos, Yugoslavia. Sí, Niza y Marsella eran buenos lugares para que vivieran gentes como Basil e Ivanna.

La mujer metió el coche en un parking. Luego, condujo a Basil a un restaurante de la Avenida de la Costa.

—Comeremos algo. Ya sé que no es hora, pero un poco de faisán frío con champaña tranquiliza el estómago y deja el cuerpo en forma.

—Me parece bien —aceptó Guy, dejándose llevar.

El restaurante era pequeño pero muy acogedor. A lo único que Guy encontró inconvenientes fue a la factura.

—¿Sigues pensando en Basil?

—Esta noche, como llevo mucho champaña dentro, prefiero pensar en ti. Por cierto, ¿la discoteca rinde para tanto?

—Una discoteca no es mal negocio cuando te haces con un público adicto. Hay discotecas que parecen cementerios; otras viven porque más que discotecas son concentraciones de drogatas. Otras sirven como punto de reunión de chicos de determinada clase social. Sí, hay muchos tipos de discotecas.

—Y la Enfer no funciona mal, por lo visto.

—No nos podemos quejar.

—¿Vais a medias?

—Está dividida en acciones. ¿Tanto te importa conocer cuántas acciones son mías?

¿Acaso deseas invertir algo de dinero en acciones?

—Prefiero invertir unos cientos de miles de dólares en otra cosa.

—¿En qué, por ejemplo?

—Estuve hablando con el belga y él me dijo que en Enfer podía

encontrar un buen negocio para invertir.

—¿El belga, dices? —preguntó ella mientras sostenía la copa de champaña ante su rostro, mirando a Guy por encima de ella.

—Eso es, el belga.

—¿Y te ha dicho el belga que en esta clase de negocios en que quieres meterte el que tropieza se va al cementerio?

—Ya te he dicho en la carretera que no tengo miedo a la muerte. Además, no sé por qué habría de tener problemas si pensamos pagar, siempre que las acciones tengan un precio justo, claro.

—Eres un tipo que me cae bien. ¿Sabes a quién me recuerdas?

—Pues, no, la verdad.

—A John Travolta.

—Vaya, *Fiebre del sábado noche*...

—Sí, pero tú eres más alto que él y tienes el cabello de color cobre. Los ojos te chispean y hasta me pareces más sexy.

Guy no opuso resistencia para ir al apartamento de Ivanna, un apartamento pequeñito y muy coquetón dentro de un edificio antiguo pero modernizado. Desde el ventanal se podía ver todo el puerto de Montecarlo con las luces de sus embarcaciones.

—Un excelente nido de amor —aprobó Guy mirando hacia el puerto donde fondeaban los yates más lujosos del mundo, yates que valían una fortuna, cargados a su vez de fortunas muchas de las cuales menguaban en el Gran Casino.

—¿Te gusta?

Se volvió. Ivanna se había vestido con una bata de gasa roja transparente que dejaba ver sus senos grandes y llenos, cargados de misterio y sensualidad. Había dejado que sus cabellos cayeran sueltos sobre los hombros.

—¿Basil es tu amante? —le preguntó Guy.

—¿Y si lo fuera?

—No sé, podría pensar que eres una zorra.

Ella tomó un cigarrillo, le prendió fuego y chupó con fuerzas mientras sus ojos calientes escrutaban al hombre.

—¿Y si lo fuera? —volvió a preguntar, entre cínica y desafiante.

Se acercó a ella, alargó su mano y abrió el salto de cama. Pasó mano y brazo por su interior, cogiendo la cintura femenina sin que ella opusiera resistencia.

—Puede resultar tan interesante gozar con una virgen como con una zorra.

—Las vírgenes no tienen experiencia. Ofrecen dureza, estrechez,

quejas y pasividad. En cambio...

—Veamos lo que una zorra puede ofrecer.

La besó en los labios y se tragó todo el humo del tabaco que ella había almacenado en sus pulmones, pero Guy era experto y le devolvió el humo hasta que ella, no pudiendo respirar más, hubo de expulsarlo por la nariz mientras los ojos le lagrimeaban.

—¡Bestia! —protestó Ivanna golpeándole el pecho con el puño.

—Pues, espera, que esto es sólo el principio —le dijo él.

Con sus labios, Guy enderezó los pezones de aquellos generosos pechos que no le cabían en las manos; sin embargo, se sostenían erguidos y desafiantes.

Ivanna demostró sus habilidades. Todo su cuerpo era una continuada y permanente ondulación. Sus dedos sabían buscar, tomar, excitar; su boca besaba y succionaba. Era como si masajeara cada centímetro de la piel del hombre. Buscó sus tetillas y le demostró que no estaban inertes.

Cuando Guy pudo oír los gemidos de placer de Ivanna, supo que ella no fingía, y era fácil comprobarlo, porque cuando terminó de gemir y estremecerse, todo su cuerpo estaba impregnado de una pátina de cálido sudor.

—Cabrón.

—¿Tan mal te ha ido? —preguntó Guy tomando un cigarrillo de la mesita de noche y encendiéndolo.

—Supongo que no serás hombre de una sola tacada.

—Bueno, tampoco soy un pavo real que puede hacer treinta seguidos.

Expulsó el humo cuando, de pronto, tuvo la intuición de que había alguien tras la puerta de entrada del pequeño apartamento.

Saltó de la cama y en cinco zancadas llegó junto a la puerta.

Ivanna iba a preguntar por qué se marchaba de la cama, por qué la abandonaba, cuando él cruzó su índice sobre los labios para pedirle silencio.

La puerta se abrió sigilosamente.

El tipo que usaba la «espada» era un experto con las ganzúas, pues abrió la cerradura sin hacer ruido alguno. La hoja de madera se abrió y apareció un tipo con la cabeza desfigurada por una media.

En su mano empuñaba una Parabellum con silenciador.

Sus ojos se dirigieron rápidos a la mujer que yacía desnuda, empapada por el suave sudor del placer.

—¡Nooo! —gritó ella al ver el hombre al que de inmediato

calificó como un asesino, un enviado para ejecutarla.

Aquel tipo, sin duda alguna, no estaba allí para perder el tiempo.

Guy tuvo los segundos justos para propinarle un golpe de karate con su pie, dando en el antebrazo del atacante furtivo.

El disparo sonó como un taponazo. La bala se metió en el acolchado dosel de la cama. Ivanna se llevó las manos a la cara y gritó.

Guy golpeó de nuevo, ahora con el canto de su mano, sobre la muñeca armada; parecía que aquel tipo se hubiera soldado la pistola a la mano para no perderla. Por más golpes que le daban, el arma no se desprendía.

El asesino siguió disparando.

Dos balas se metieron en el techo y otra hizo añicos el espejo de la puerta del armario. Aquel individuo también sabía golpear, y Guy recibió un rodillazo en los «pistones» que lo puso más furioso.

Uno de los disparos les dejó a oscuras. Guy recibió un fuerte golpe en la cabeza que le hizo caer hacia atrás. Vio que la pistola vomitaba más fogonazos y después, el silencio.

Guy pudo ver luz al otro lado de la puerta, por lo que dedujo que el verdugo se había marchado, quizá porque ya se había quedado sin balas.

Se apresuró a cerrar la puerta. Luego, interpelló:

—¡Ivanna!

La respuesta fue un sollozo.

—Ivanna, ¿estás herida?

—No, no, creo que no.

—Maldita sea, ese tipo se ha cargado el circuito eléctrico y ahora, ¿quién va a encontrar la avería?

Llegó hasta la mesita de noche y allí tomó el encendedor. Hizo saltar la llama y se iluminó con ella.

Ivanna no estaba en la cama.

—¡Ivanna! —llamó.

La mujer asomó por el otro lado del lecho. Estaba tiritando de miedo; aquél no era el miedo que podía pasarse rodando a doscientos por hora en una carretera costera.

Había salvado la vida al saltar de la cama en el momento en que se apagaba la luz. Guy pudo ver dos impactos de bala en la cama. El asesino tenía buena puntería incluso a ciegas. Había disparado todo el cargador de su pistola y después había conseguido huir.

—Oye, el tipo ese, ¿quién era? —preguntó Guy.

—No lo sé, no lo sé.

—No me gusta que me sorprendan a tiros en la cama cuando estoy con una chica.

—Te juro que no sé quién es.

—Y me lo creo. Ese tipo venía a por ti, querida; ya sabes que hay individuos muy maniáticos en eso de salir a la caza de la zorra. Yo me siento más ecologista que todo eso y prefiero ser amigo de una zorra en lugar de matarla a tiros.

—¿Crees que volverá?

—No sé —respondió Guy—. Ese tipo pegaba duro, es un profesional del crimen, no cabe duda. A lo peor, cuando tenga otro cargador, vuelve para rematar el trabajo. Después de todo, ahora no estará seguro de si ha tenido éxito o no.

—Yo no sé, no sé, sería un atracador.

—No, querida zorra, ese tipo es un sicario, un ejecutor que venía a por ti. Es posible que vuelva esta misma noche y también es posible que él u otro compinche suyo esté poniendo en tu precioso coche un explosivo para que cuando lo pongas en marcha haga

«¡pum!» y luego no quede del coche ni de ti ni de mí más que las cenizas.

—No quiero morir.

—Entonces, ve al teléfono y llama a tus amiguitas para que te salven, porque yo no voy a estar todo el tiempo protegiéndote. Ahora me voy —concluyó Guy, apagando el encendedor que se había recalentado.

—¡No, no, no me dejes ahora, no me dejes!

—Los que han estado en alguna guerra dicen que un obús nunca cae en el agujero que ha hecho otro obús. Esperemos que por esta noche nos dejen en paz.

Se fue a la puerta, pasó un cerrojo interior que antes no había sido colocado y se acostó de nuevo. Al poco, notó el cuerpo femenino temblando junto al suyo.

Toda la valentía de que hiciera gala Ivanna en la carretera se había esfumado. Guy,

dueño de sí, decidió sustraerla y ella le entregó todo su cuerpo para que él pudiera conseguir su propósito con facilidad.

CAPITULO IV

—Quiero quedarme aquí —dijo Heloise, nerviosa.

—Pero ¿por qué? Aquí vamos a tener líos con la policía y eso no es bueno —arguyó Madeleine—, Cuando te metes en pleitos, nunca terminas de salir de ellos.

—Yo tampoco quiero nada con la policía.

—Pero tú no me has contado lo que sucedió y el periódico dice que una lancha motora explotó en el mar y su tripulante desapareció. Los hombres rana de la gendarmería han buscado sin conseguir nada importante, y dicen que el muerto se llamaba Graven y que era belga.

—¿Y a mí qué? —replicó Heloise.

—Pero tú te fuiste con Basil, yo lo vi.

—Sí. Por lo tanto, nada tiene que ver con ese belga del que me hablé.

—No entiendo nada, Heloise, y me temo que aquí hay gato encerrado.

—¿Por qué está tan recelosa? No entiendo por qué tuvimos que marcharnos de Niza y venir a Marsella.

—Porque yo tenía que hablar con un colega de la prensa.

—¿Y yo? No quería marcharme de Niza.

—Heloise, hay algo que no quieres decirme. Pasaste unas horas en blanco para mí allá en Niza que no me has contado.

—No tengo que contárselo todo, ¿verdad? —inquirió, ya molesta.

—Bueno, bueno, yo te estoy manejando, ¿no? Tengo derecho a saber en qué líos te metes. Quizá estoy perdiendo el tiempo y tú te estás acostando Dios sabe con quién.

—No me acosté con nadie y si lo hubiera hecho, sería mi derecho —replicó Heloise, con cierta brusquedad.

—Si se quiere llegar a la fama, los primeros pasos hay que darlos con mucho tiento. Cuando ya se alcanza la fama, cualquier cosa vale para salir en las páginas de prensa y en la televisión, pero al principio, no.

—Si no se fía de mí, déjeme tranquila. Yo haré mi vida, me vuelvo a Niza y asunto terminado.

—¿Volverte a Niza? ¿Quién te está esperando allí? Acaso te has liado en Basil y quieres dejarme a mí de lado?

—No es eso.

—¿Y Basil?

—¿Y yo qué sé? Creo que se ha marchado.

—¿Marchado, adónde?

—Muy lejos.

—¿Turquía?

—Quién sabe, quizá más lejos, a Tailandia.

—¿No te dijo nada?

—No tuvo tiempo.

—Explícate mejor.

—No puedo, no me acuerdo.

—Tú me ocultas algo y sería mejor que me lo contaras. ¿Adónde te llevó Basil?

—A ninguna parte.

—Entonces, ¿dónde estuviste cuando terminaste de hacer esquí acuático?

—¿Tú me viste?

—No, estaba al otro lado del puerto, no veía nada; sólo sé que dijeron que una lancha había explotado y quienes iban en ella hablan desaparecido. Me asusté mucho, creí que habías sido tú la víctima.

—Pues ya vio que no fui yo.

—Dijeron que había una chica haciendo esquí acuático.

—No soy la única que hace esquí acuático. Y ahora que Basil se ha ido, yo me vuelvo a Niza.

—Que Basil se haya ido no quiere decir que no hagan el concurso de Miss Discothèque Enfer.

—Pues, me inscribiré en el concurso.

—Pareces muy ingenua, Heloise. Aunque seas la más bonita, pueden darle el título a otra. Esta clase de concursos se arreglan entre bastidores. Chicas guapas no faltan, y se elige a la que resulta más interesante para todos.

—¿A la que se acuesta con todo aquel que se lo pida?

—No seas tonta, no es para tanto. Hay ocasiones en que hay que ceder un poquito.

—Pues yo no estoy dispuesta a prostituirme.

—Siempre estás con la misma canción, te repites. Está bien, iremos a Niza y si no está Basil, veremos a su socia.

—¿Socia?

—Sí, Basil tiene una socia en la discoteca. Es una mujer muy interesante. Cuando era muy joven había salido en revistas «porno» aunque con nombre falso. Ahora juraría por su madre que la de la revista no era ella, pero empezó así. Tiene la discoteca a medias con Basil. En fin, que puedes tener mucha suerte, Heloise, yo te ayudaré.

—Cobrando su comisión.

—Es lógico, ¿no? Yo invierto mi tiempo y mi dinero contigo, querida. ¿Quién paga las cuentas, quién paga los hoteles y los restaurantes? Y no te he pedido que te acuestes con tíos para amortizar gastos. Yo hago una inversión contigo y por lo menos he de cubrir gastos.

—Creí que lo hacía porque creía en mí.

—Eso es cierto, pero el negocio es el negocio. Te he dedicado varios posters de la revista que dirijo y te dedicaré más. Eres una buena inversión, Heloise, pero no debes estropear las cosas. Procura no liarle con algún tipo que se te quiere llevar con él.

—¿Y si es sólo un amor pasajero?

—Mejor que no te lées, querida. Los hombres son muy egoístas y posesivos. Se acuestan contigo esta noche, y mañana piensan que eres de su exclusiva propiedad.

Heloise se resistía a contarle a Madeleine que había conocido a un hombre joven, alto, enormemente atractivo, del que sólo sabía que se llamaba Guy y que tenía un cuerpo muy musculado.

Le hubiera gustado dar pequeños puñetazos en aquellos músculos varoniles que parecían resistirlo todo, clavar sus dedos en el tórax masculino amplio y recio que ocultaba unos anchos pulmones capaces de tragarse todo el aire del mundo.

Ella misma le hubiera dado el aire de sus propios pulmones con tal de que él la abrazara, la estrechara contra sí, impidiéndole la respiración.

Los ojos de aquel hombre semejaban estar chispeando todo el tiempo, como un fuego en constante ignición.

No quería contarle nada a Madeleine, no quería contarle que le hubiera gustado mordisquear los labios de aquel desconocido que la había salvado cuando creía que se iba a ahogar tras la explosión de la lancha en que había desaparecido Basil, sobre quien había opinado que era un mafioso. De haberle propuesto que se acostara con él, Heloise hubiera preferido renunciar a sus deseos de fama, no habría aceptado tal profesión.

—¿Qué estás pensando, Heloise?

—¿Es que quieres controlarme también el pensamiento? —inquirió Heloise poniéndose en pie y abandonando la mesa.

Madeleine vio en aquella reacción el posible final de su trato con Heloise a la que pretendía catapultar a la fama, no por simpatía hacia la joven, sino porque quería sacar su propio beneficio de todo aquello.

Heloise pensaba que Madeleine era una especie de alcahueta, y no iba totalmente desencaminada.

Madeleine pagó la cuenta y siguió a Heloise. La alcanzó, la prendió del brazo y la desvió de su trayectoria.

—Vamos a regresar a Niza y si no encontramos a Basil, encontraremos a Ivanna.

—¿Quién es Ivanna?

—La socia de Basil. No sé qué es lo que ocurre con todo esto, pero ya te lo he dicho, me huelo que hay gato encerrado y que tú sabes algo que no quieres decirme.

—No sé nada.

—Algo te diría Basil.

—¿Cómo puedo hacerle entender que Basil no me dijo nada?

—Estuviste varias horas que no te vi ese hermoso pelo que tienes. ¿Te llevó a algún apartamento y por eso estás tan molesta?

—No, y si no deja de interrogarme como si fuera un comisario de la PJ, yo me largo y se busca a otra que la aguante.

—Estás muy nerviosa, debes de estar en tus días críticos.

—Pues no es así, me encuentro muy bien.

—De acuerdo, regresemos a Niza.

—No teníamos que habernos marchado.

—Te quejas como si allí hubieras dejado algo muy importante para tu vida.

—Puede —replicó secamente.

Subió al coche de Madeleine y se dejó llevar. En su mente sólo aparecía el rostro de Guy, pero ya no estaba segura de volver a ver a un hombre como aquél. Las mujeres no podían faltarle.

CAPITULO V

Guy se dirigió a su coche, respirando el aire cálido de Niza.

Se había pasado el día descansando en su apartamento, tan privado que era muy difícil que le encontrase alguien que quisiera dar con él.

Había convenido con Ivanna encontrarse de nuevo en su discoteca. La había dejado muy nerviosa. Estaba seguro de que ella trataría de comunicarse con alguien.

Ivanna, que estaba muy resabiada, le pidió que detuviera el coche cuando ya era de día y se hallaba a la entrada de Niza.

—¿Quieres algo? —le había preguntado Guy.

—Gracias, Guy, me has ayudado mucho. Te debo la vida y además me has hecho gozar como no lo había sentido en mucho tiempo.

Guy le pasó el dedo por los labios haciéndole un cosquilleo que a ella no pareció molestarle.

—¿Quieres decir que hace algún tiempo alguien te lo hizo pasar tan bien o mejor que esta noche?

Ella le miró con sus ojos ardientes. Sonrió y admitió después:

—La verdad es que no. Tú eres único, Guy.

—Menos mal, estaba asustado.

—¿Por qué?

—Creí que estaba perdiendo mi forma.

—Tu forma es habilidad, es, es... Ya te lo contaré en la próxima ocasión. —Le besó en los labios y añadió—: Estoy toda como relajada, muy relajada.

—¿Pese al susto de los balazos?

—Si no llega a ser por tu compañía, me habría puesto histérica.

—Son mejores mis brazos y mi, bueno, lo que tú sabes, que una camisa de fuerza.

—Por supuesto, pero ahora, apéate.

—¿Ahora?

—Sí. Has revisado muy bien mi coche. Por suerte, no me habían puesto ningún explosivo.

—Esta vez, no, pero vigila, puede ser a la próxima.

—¿Quieres meterme el miedo en el cuerpo?

—No, prefiero meterte otra cosa.

—Sí, eso ya lo he notado y no me quejo precisamente. De todos modos, vigilaré el coche cada vez. Lo tendré algún tiempo quieto

hasta que cobre más confianza.

—No es mala precaución. Toma taxis, los taxistas también han de ganarse la vida.

—Pues empiezas tú, querido, apéate. Quiero conducir yo ahora.

—¿No vas a llevarme hasta mi coche?

—Por favor, si quieres que volvamos a encontrarnos, apéate ahora y toma un taxi. Ivanna estaba decidida. Guy comprendió que no la haría cambiar de opinión. Se apeó.

—¡Suerte! —deseó.

—Nos veremos en la discoteca y ya veré qué se puede hacer con lo que te dijo el belga que podías encontrar en la Enfer.

—Confío en ti.

El Alfa Romeo salió zumbando. Guy sabía que aunque llamase a un taxi rápidamente, no conseguiría seguirla y menos con discreción.

Tenía que dejarla volar y ya volverían a encontrarse. Es taba seguro de haber hecho un buen papel con ella y a Ivanna no se le iba a olvidar.

Ivanna era ardiente. En cuestión de sexo, era como una drogadicta atada a su droga, y el síndrome de abstinencia podía resultar irresistible para aquella mujer. Esperaba que no se contentara con cualquiera. Ivanna era muy selectiva y sabía apreciar la calidad como un buen gourmet sabía elegir un buen vino.

Ivanna se había perdido ya con su Alfa Romeo, pero él estuvo seguro de que la volvería a encontrar, no había que precipitarse.

Aquel día Guy recuperó las fuerzas. Por la noche, salió de su escondite y se dirigió a su coche. Ante él salieron dos hombres que tenían un aspecto de lo más normal y que le cortaron el paso.

—¿Guy?

—Ajá, y vosotros sois policías, ¿verdad?

Los dos individuos se miraron un tanto desconcertados. Uno iba de muy progre. El otro, con gafas incluidas, parecía un padre de familia que con su camisola de verano iba en busca de su amante para poder practicar la alternancia en cuanto a pareja.

—Tendrá que acompañarnos.

—¿En calidad de qué?

—No está arrestado si es lo que pregunta, pero será mejor que nos acompañe y con discreción.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó Guy.

Caminó unos cincuenta pasos y le invitaron a subir a un coche policial camuflado. Uno se puso al volante y el otro se sentó junto a él.

—¿En qué líos anda metido?

—¿Y tú qué crees? ¿Heroína, falsificación de moneda, trata de blancas, contrabando de lechugas?

—la situación no es para bromas —le replicó el policía.

—No. si yo no deseo bromear, pero como os habéis empeñado en darme un paseo.

¿Podría saber quién es el capitoste que ha dado la orden de que me mostréis Niza la Nuit?

El tipo de la camisola carraspeó. Al poco, se introducían en el estacionamiento del hospital.

A Guy le preocupaba más un hospital que una comisaría de policía, máxime si el hospital tenía depósito de cadáveres.

—¿Qué sucede aquí, vais a quitarme las amígdalas?

—Los que entran en el hospital es mejor que no pregunten.

Subieron hasta la planta de vigilancia intensiva. Allí había un policía de uniforme. Los que llevaban a Guy mostraron sus credenciales y el agente saludó. A Guy no le gustó que aquel policía estuviera armado con una metralleta.

Recorrieron un corto pasillo y encontraron a otro policía con metralleta también.

—¿Qué pasa aquí?

Nadie le respondió.

Al fin, le pusieron frente a un cristal y le mostraron al hombre que estaba tendido en la cama de la unidad de vigilancia intensiva. Estaba dormido y un tubo le salía por la boca. Los brazos se hallaban al descubierto y tenía agujas insertadas.

Se le estaban aplicando dos bolsas de gota a gota que eran distintas de color entre sí. El resto del cuerpo estaba cubierto.

—¿Le conoce? —preguntó el policía de aspecto progre. El gesto de Guy se ensombreció. Lentamente, dijo:

—Es un árabe.

—Sí, de eso no cabe ninguna duda. Se llama Omar ben Jatai. ¿Le sugiere algo ese nombre?

Por unos instantes, Guy apretó las mandíbulas.

—¿Qué le ha sucedido?

—Su coche se salió de la carretera y cayó por un terraplén. El saltó del asiento. Luego, el coche estalló, quedó envuelto en llamas. Cuando llegó la policía el coche ya estaba calcinando. Encontraron a este árabe detrás de unos matorrales, no se veía desde la carretera.

—¿Se ha roto algún hueso?

—Sí, tiene un par de huesos rotos —dijo el policía progre. El otro añadió:

—Pero eso no es lo grave.

—¿Qué es lo grave, entonces?

—No es que tenga los huesos rotos solamente.

—¿Ah, no? —preguntó Guy.

—Tiene tres balazos.

—¿Graves?

—Sí, posiblemente no salga vivo de ahí dentro.

—¿Quién ha sido?

—Eso queremos averiguar nosotros.

—Usted lo conocía, claro —observó el otro policía.

—¿En qué lugar se encontró el coche? —inquirió Guy.

—Las preguntas las hacemos nosotros —le cortó el policía que llevaba la camisola veraniega.

Guy exigió:

—Quiero un teléfono.

—¿Va a llamar a su abogado?

—Seguramente, esto es muy feo.

—No hay inconveniente, pero uno de nosotros le acompañará. No sería bueno que tratara de escapar. Ya ha visto que hay gendarmes armados custodiando este lugar.

Fue hasta un teléfono mural. Marcó unos guarismos, aguardó, habló y luego le pasó el auricular al policía de la camisola. Este no hizo más que asentir y después colgó; estaba pálido.

—Quiero los datos —pidió Guy.

—Sí, claro, no hay inconveniente —se apresuró a decir el funcionario.

Le dieron los datos que requería y los policías se esfumaron tras decirle que el herido sólo había estado pronunciando su nombre.

Guy regresó junto al árabe herido, pasando al interior de la UVI.

Una enfermera trató de cortarle el paso. El la apartó con una sonrisa pero con firmeza. Al poco, tras él, apareció el médico responsable de los cuidados intensivos, debía de saber algo porque pidió a Guy:

—Póngase la bata y la mascarilla, son las reglas. Este ambiente está esterilizado y no es bueno que entren nuevos elementos microbianos que puedan afectar a los pacientes.

Aceptó y se puso bata y mascarilla. El médico le acompañó junto al lecho.

—Con ese tubo en la boca no podrá hablar, ¿verdad?

—No, no puede hablar.

—¿Y cómo se entienden con él?

—Por gestos, pero no da respuestas concretas.

—¿Está en coma?

—Como si lo estuviera.

—¿Sedantes?

—No se le administran gratuitamente; le son necesarios, así sufre menos.

—¿Cree que su cabeza es incapaz de coordinar? ¿Es como si estuviera «en viaje» de alucinógenos?

—Más o menos. Hay pacientes que en esta situación saltan a la cuarta dimensión; el tiempo deja de tener significación en su mente.

—¿Se puede intentar hacer alguna pregunta?

—Será inútil. —El jefe médico se encogió de hombros—. Pero tampoco hay ningún inconveniente.

Guy cogió la mano del árabe, se la apretó y le interpelló:

—Omar, Omar, sal del fondo de tus sueños. Soy tu amigo Guy. Soy Guy, estoy contigo. Te estoy cogiendo la mano, soy Guy. Sal del pozo de tu estupor. Estoy contigo, Omar.

¿Qué te ha sucedido, compañero? Óyeme, soy Guy...

El médico se mostraba escéptico, pero, sorprendentemente, Omar levantó sus párpados. Sus pupilas estaban demasiados dilatadas.

—Omar, soy Guy. Si me reconoces, cierra dos veces los ojos y vuelve a abrirlos. Insisto, si me reconoces, cierra dos veces los ojos.

Lentamente, como si le costara un gran esfuerzo, el árabe cerró los ojos por dos veces.

—Increíble —musitó el médico.

—¿Puede dejarnos unos momentos a solas?

—Sí, pero no olvide lo grave que está. Se le ha practicado una intervención quirúrgica, y le van a hacer falta dos más. Aún le quedan dos balas dentro del cuerpo y están muy mal colocadas.

Cuando se quedaron a solas, Guy preguntó:

—Si lo has encontrado, asiente con los párpados. Ya sabes, dos veces es que sí. El árabe asintió cerrando los ojos.

—Muy bien, Omar, muy bien. Sé cómo lo estás pasando, pero te pido un esfuerzo más.

¿Lo has visto? Me refiero a si has visto lo que buscamos. El árabe volvió a afirmar.

—¿Puedes decirme dónde está?

Omar cerró los ojos y no volvió a abrirlos. Guy le oprimió la mano. En su gesto había afecto, hermandad, compañerismo, transmisión de vida y energía, pero Omar ya no respondía.

—Malditos hijos de perra —masculló Guy sin que nadie pudiera oírle.

CAPITULO VI

Aquella noche era una de las pocas que la discoteca Enfer tenía músicos y cantantes en vivo. No eran estrellas relumbrantes del mundo del espectáculo, pero hacían ruido.

Llevaban consigo buenos y potentes instrumentos música les que, acoplados al sistema de sonido de la propia discoteca, que era muy poderoso, daban un resultado impresionante, hasta las sillas vibraban.

Allí no era preciso danzar, los huesos se movían solos y el cerebro entraba en confusión como si se hubiera tomado droga. Lo malo era que algunos de los que allí se agitaban, encima habían tomado droga y alcohol, y se les notaba en un babeo constante y en la dilatación de las pupilas.

Guy descubrió a Ivanna, la sensual Ivanna, en su palquito, vigilando la sala. Apenas se la podía ver; los focos de luces de colores cegaban y no se podía estar seguro de si se había visto y reconocido a alguien o simplemente se trataba de una ilusión.

—Guy.

Casi habían gritado su nombre, pero él apenas lo había oído.

Volvió el rostro y descubrió otro rostro femenino, iluminado a intervalos por los focos intermitentes.

—Heloise.

—Creí que ya no estarías por aquí.

—¿Qué dices? —gritó él—. ¡No te entiendo!

—¡Que creí que no estarías en Niza!

Heloise comenzó a danzar frente a él; era como una provocación sensual.

Cuando terminaron aquel baile, Guy la tomó del brazo y la apartó de la pista. Al alzar la mirada, tuvo la impresión de que Ivanna les estaba observando.

Tuvo que hablarle al oído para que ella pudiera entenderle.

—Creí que te habías marchado.

—No. Ya ves, estoy aquí.

—Te fui a buscar al hotel.

—He estado en Marsella.

—¿Sigues empeñada en ser Miss Francia?

—Sí, claro, por eso estoy aquí.

—¿No te iba a convertir en Miss Discothèque Enfer el tal Basil?

—No he dicho nada a nadie. ¿Sabes si la policía me ha estado buscando? La verdad es que yo no sé nada.

—Que yo sepa, la policía no te ha buscado. Creen que el que murió en la lancha fue un belga. No han encontrado ni rastro.

—Es lo que leí en el periódico.

—¿Y qué opina tu manager?

—Dice que tenía miedo por mi. Yo, yo le he mentado.

—¿Cómo?

—Le he contado que Basil se ha ido de viaje. Desde donde estaba, ella no vio que era la lancha que me arrastraba a mí la que explotó, pero Madeleine es incansable y cuando se propone algo, trata de conseguirlo por todos los medios. Ha dicho que me presentará a la socia de Basil y que ella me convertirá en Miss Discothèque Enfer.

—¿Quieres que te presente yo a Ivanna?

—¿La conoces? —inquirió Heloise, gritando para hacerse entender.

Guy la llevó de la mano hasta una escalera ascendente. Llegaron al palquito que solía ocupar Ivanna y desde el cual dominaba toda la sala. Por la magia de la acústica, la música no se oía tan fuerte.

—Ivanna, te presento a la futura Miss Francia.

—¿Ah, sí? —observó a Heloise y sacó un cigarrillo, dejando el paquete sobre la mesa.

Guy le ofreció fuego. Heloise, más que observada, se sintió escrutada. Su intuición femenina captó la súbita rivalidad que se había creado entre ella y la copropietaria de la discoteca.

—Bueno, yo deseo serlo, pero falta mucho camino a recorrer. Antes tengo que ser Miss Discothèque Enfer para pasar luego a la elección regional y después a...

—Te queda un largo camino, ¿no crees? —preguntó Ivanna un tanto mordaz.

—Si, ya lo sé, pero los chinos dicen que un largo camino comienza con un primer paso.

—No pienses que no hay competencia en eso de llegar a ser la más guapa, querida, es como el cuento de la Blancanieves.

—Madeleine me dijo que...

—Madeleine... ¿Te refieres a la chismosa de la revista erótica?

—Si. Ella me ha dicho que me convertiría en Miss Discothèque Enfer.

—¿Y qué poderes tiene ella para tal pretensión?

—Madeleine conocía a Basil, pero como Basil se ha ido, me ha dicho que tú me harías Miss Discothèque Enfer.

—El concurso que celebramos aquí es honesto, no está amañado;

por eso los promotores del concurso Miss Francia confían en nosotros.

—No, si yo no digo que haya que amañar nada, pero si participo puedo ganar.

—Te crees muy bonita, ¿eh?

—Es que lo es —intervino Guy en ayuda de la muchacha.

—¿Sí? Seguramente tú debes conocer bien su cuerpo y como eres todo un especialista, te voy a proponer como miembro del jurado de las mises.

—Si tengo que seleccionarlas al tacto, acepto.

—Guy me vio en la playa. Yo llevaba bikini, claro —concretó Heloise para justificar las anteriores palabras del hombre.

—¿Has dicho en bikini o en monotanga?

—En bikini —puntualizó Heloise lentamente.

—Así es, y no pienses otra cosa. Entre Heloise y yo no ha habido nada.

—¿Se te ha resistido? —se burló Ivanna. Tenía el deseo de zaherir. Se consideraba hermosa, incluso superior en belleza a Heloise sin serlo, por aquello de la vanidad propia, pero sabía que la juventud jugaba a favor de Heloise y eso la molestaba.

—Heloise quiere ser Miss Discothèque Enfer. ¿La vas a ayudar?

—Siendo amiga tuya, no faltaría más. Te debo mucho, Guy, y espero que unas pocas horas no hayan sido suficientes para olvidar nuestro último encuentro.

Heloise frunció el ceño. Miró a Guy y luego a Ivanna, y tuvo deseos de tirarle de los pelos. Fue el primer latigazo de celos que sentía en su vida.

—Me voy.

—Espera, Heloise, no hay prisa. Y meteros las dos en la cabeza que soy un hombre libre y que no debo dar explicaciones a ninguna mujer sobre lo que haga.

—¿Acaso tenemos que aguantar tu arrogancia machista? —preguntó Ivanna.

—Heloise te estaba buscando —dijo una voz femenina.

—¡Madeleine!

—Vaya, aquí está la cuidadora de la futura Miss Francia —ironizó Ivanna.

—Hola a todos. Yo venía a...

—No te molestes, Madeleine —la interrumpió Ivanna—. Guy ya me ha presentado a Heloise.

—Vaya, veo que te mueves —rezongó Madeleine.

Ivanna pidió al camarero una botella de champaña por cuenta de la casa y cuatro copas, que fueron llenadas con rapidez y vaciadas también con rapidez.

—¿Por qué tenéis todos tanto empeño en que esta chica sea Miss Discothèque Enfer?

—Heloise es muy bonita y puede ganar; yo ya la he sacado dos veces en el poster central de la revista. Puede llegar a ser alguien tan importante como Brigitte Bardot en su tiempo.

—Voy a sonrojarme —dijo Heloise—. Yo no aspiro a tanto.

—Está bien, dentro de siete días podrás averiguar si eres la elegida —cortó Ivanna—. Ahora, Guy, tengo que hablarte a solas.

—De acuerdo.

Heloise frunció el ceño. A ella le atraía Guy, se había enamorado de él y, sin embargo, veía que Ivanna se lo llevaba y aquella mujer no parecía tener ningún tipo de inhibición.

—Espérame, Heloise, volveré —se despidió Guy. Madeleine, satisfecha, exclamó:

—Ya verás cómo lo arreglamos, serás la miss.

—Guy, tengo algo importante para ti —le dijo Ivanna cuando se hubieron alejado.

—¿Qué has conseguido?

—¿No buscabas algo interesante?

—Sí.

—¿Podemos ir en tu coche?

—¿Adónde?

—Ya te indicaré.

—¿No te fías de tu coche?

—Estaré unos días sin tocarlo, seguiré tu consejo.

—¿Aún temes que puedan ponerte un explosivo?

—Estuvieron a punto de matarme. Tengo la impresión de que el asesino no quedó satisfecho y querrá repetir.

—No obstante, te veo más tranquila.

—Te confesaré que he tomado unas pastillas.

—¿Anfetaminas?

—Uauh, sabes mucho, querido.

—No es bueno tomarlas.

—Sí, pero tampoco quiero tener miedo. Quiero vivir y tú eres un buen motivo para seguir viviendo. Por cierto, no me gusta tu amigueta.

—La conocí en la playa y como las mujeres me gustáis...

—Yo puedo darte todo lo que ella y más.

—Ya lo sé, pero no quiero que te canses de mí, querida.

Ivanna le pasó las manos por el cuello y las juntó en la nuca del hombre. Apretó sus pechos contra él y después buscó su boca para besarle.

—Yo no puedo cansarme de ti.

—Ahora, encanto, prefiero concentrarme en lo que he venido a buscar. Después tenemos tiempo para decidir lo que más te conviene a ti y a mí.

—Estás un poco despegado esta noche. ¿Acaso has pasado la tarde con ella?

—No, la he encontrado aquí hace un ratito.

—Está bien, vamos.

Hizo una seña con la mano a alguien que Guy no vio, pero sí captó el gesto. Abandonaron la discoteca y subieron al coche de Guy. Este lo puso en marcha y preguntó:

—¿Hacia dónde?

—No vamos a Montecarlo.

Salieron de Niza y tomaron la carretera N-202 en dirección norte. Guy sabía muy bien que en aquella carretera, en un punto concreto de la misma, había sido encontrado el cuerpo tiroteado del árabe Omar ben Jatai.

Ivanna se puso a fumar. Los faros del coche barrían la oscuridad.

—No me has dicho de qué lugar procedes —preguntó la mujer.

—En estos casos, es preferible no hablar demasiado.

—Sin embargo, el país, por ejemplo.

—Los grupos de liberación tenemos que protegernos. En ocasiones, las policías de varios países trabajan conjuntamente para tendernos una red. Es mejor que no hable demasiado, Ivanna.

—¿Temes que yo sea una infiltrada?

—Nunca se sabe. Hay ocasiones en que simplemente existen sospechas y mis compañeros podrían ajustarte cuentas.

—¿Eres un dirigente en tu grupo?

—Digamos que soy el encargado de compras, pero no estoy solo.

—Comprendo. Los hombres sois un poco bestias, sólo pensáis en mataros.

—Y las mujeres en disfrutar de las riquezas, bueno, no todas. Ivanna trataba de interrogar a Guy, pero éste se evadía.

—Encontrarás un desvío a tu derecha, métete en él.

—De acuerdo.

Hizo lo que le indicaban y se introdujo por una solitaria carretera, llena de baches. De no ser por los faros, no se habría visto nada.

—Y ahora, ¿qué hago?

—Sal de la pista y quédate quieto.

—¿He de apagar las luces?

—Sí.

—Y ahora, ¿viene el trabajo del amante incontenible? La verdad es que nunca he hecho el amor dentro de un coche.

—Dichoso tú. Muchos no encuentran un sitio adecuado y acaban en el asiento de un coche.

—Debe ser divertido en un día de lluvia y siendo el coche pequeñito... Supongo que para hacer así el amor hará falta una linterna.

—¿Una linterna? —se rió Ivanna.

—Sí, para ir leyendo el Ananga-ranga, me refiero a las posturas y las incomodidades. La mujer siguió riendo.

—La verdad es que son posturas muy incómodas. Además, en el caso del cochecito, se corre el riesgo de confundir el cambio de marchas con otra cosa.

—Ivanna, tú y yo podemos ser muy muy amigos.

—Yo creía que éramos más que eso —replicó ella.

—Somos libres y practicamos el amor libre. Haber gozado juntos no obliga a ninguno respecto al otro.

—A mí tampoco me gustan las ataduras. Sin embargo, los niños no quieren perder su juguete o que otros niños jueguen con él.

—¿Y tú te consideras una de esas niñas?

—Podría ser, y que tú fueras mi juguete preferido.

—No me gusta sentirme juguete.

—Quizá mi expresión no ha sido afortunada, pero en el fondo es así. ¿De qué país eres, Guy?

—Ya te dije que eso no importaba; lo que importa es mi lucha, y por eso mi grupo quiere comprar armas efectivas.

Apareció entonces otro coche que venía en dirección contraria y ambos callaron. El vehículo que acababa de llegar apagó sus luces y se quedó así durante unos segundos que parecían interminables.

Guy estaba seguro de que los del otro coche les habían visto, ya que se había acercado con la luz larga y los haces de luz les dieron de lleno, cegándoles.

—Es posible —admitió Ivanna.

Los del otro coche encendieron y apagaron las luces por cinco

veces; luego, las dejaron apagadas. Ivanna dijo entonces:

—Puedes ir, son los hombres que tú buscas.

—¿Seguro?

—Sí, no temas. Yo te esperaré aquí.

—¿No vas a venir conmigo?

—No es necesario.

—No me tenderás una trampa, ¿verdad?

—¿Crees que podría dejar que destruyeran el juguete que más me interesa?

—Cuando a los niños se les quita el juguete que más aprecian, lloran hasta que se les pone otro juguete entre las manos o en el caso de las niñas, entre las piernas.

—No temas. El negocio que quieres tratar a ellos les interesa tanto como a ti y a tu grupo.

Arriesgándose a ser tiroteado, Guy abrió la portezuela.

Se apeó del coche y avanzó hacia el otro vehículo que permanecía con los faros apagados. Ninguna luz le delataba, pero su forma podía definirse entre las sombras. Incluso llegó a ver unos puntitos rojizos y dedujo que alguien fumaba dentro del auto.

Llegó junto al coche. Se abrió una de las portezuelas correspondientes a los asientos posteriores, entró y cerró de nuevo.

Allí había dos hombres. Uno estaba al volante y el otro en el asiento posterior. Pese a la escasísima luz a la que Guy ya se había habituado, pudo distinguir un uniforme militar.

—¿Usted es Guy? —preguntó el supuesto militar.

—Sí. ¿Con quién estoy hablando?

—Es mejor no pronunciar nombres. Supongo que Guy debe de ser su nombre de guerra.

—De acuerdo, pero...

—Comprendo. Soy coronel del ejército del aire francés. Es suficiente?

—No demasiado. Me ha costado llegar hasta usted, coronel. Le prevengo que estamos muy bien organizados y tenemos una infraestructura sólida.

—¿Como guerrilleros urbanos?

—Yo no he dicho tanto, y no voy a someterme a ningún interrogatorio.

—Comprendo. ¿Usted dice que el belga les ha enviado hacia nosotros?

—Así es.

—Tenemos que ir con mucho cuidado —advirtió el coronel.

—Nosotros también. Si esto es una trampa, el grupo al | que represento replica muy mal ante los engaños y estafas.

—¿Me está amenazando?

—No tanto, sólo quiero puntualizar que no soy un conejito perdido al que se le puede disparar impunemente.

—Iremos al grano, Guy.

—Eso espero. Ya no nos conformamos con pistolas y metralletas.

—Lo comprendo. Hay que demostrar que se es fuerte, dar un golpe de efecto para asustar al enemigo y más si se le pilla desprevenido.

El hombre que permanecía al volante continuaba en silencio. Guy no había podido siquiera ver la matrícula de aquel automóvil. Reconocer el coche o a aquellos individuos en otro momento era materialmente imposible. Sólo podía observar que el supuesto militar llevaba gafas.

—¿Es cierto que pueden vender misiles?

—Así es, pero no irá a pensar que son misiles nucleares o intercontinentales como los que ofrecen rusos y yanquis.

—No somos tan idiotas, y tampoco tenemos aviones ni navíos adecuados para los lanzamientos. No nos andemos por las ramas: nosotros queremos comprar el Exocet.

—Ya, un misil perfecto, un misil medio aire-tierra. Y quien dice aire-tierra, dice barcos, sí, especialmente barcos, son un blanco perfecto para esa clase de misil convencional, un misil económico.

—Mis informes son de que no resulta tan económico.

—Si la venta es oficial por parte del gobierno francés, su precio sí resulta económico dentro de lo que cabe.

—A pesar de ello, es caro.

—Una organización guerrillera urbana puede conseguir el dinero para pagar. Extorsiones, secuestros, asaltos a bancos... Hay muchas formas de obtener dinero, en su país, claro, porque si tenemos conocimiento de que cometen delitos en Francia, nosotros no les venderemos ningún Exocet.

—¿Cuál es el precio?

—El precio se fijará en su momento —advirtió el supuesto coronel.

—Tenemos datos sobre el Exocet y nos parece muy interesante; es un misil de operatividad totalmente militar.

—Con un misil de este tipo se puede hundir un barco con suma

facilidad. Se coloca sobre una montaña que mire al mar y se controlan los barcos que pasen. Se escoge uno y se dispara. El misil sabe ir solito hacia su objetivo,

—Sí, conozco las propiedades de ese misil que tanto éxito tuvo en la guerra de las Falkland.

Guy había dicho Falkland en vez de Malvinas intencionadamente para que no se le relacionara en absoluto con Omar ben Jatai.

—Sí, su actuación en esa guerra entre argentinos y británicos fue una espléndida propaganda para este misil de fabricación francesa. Demostró ser superior a las armas que llevaban los aviones británicos, aunque los argentinos perdieran la guerra, lo cual ya es otra historia.

—Entonces, ¿podemos comprar un Exocet?

—Puede ser.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Ya las estableceremos, no hay prisa. Hemos de tomar precauciones, tendremos que averiguar un poco más sobre usted y su grupo.

—Es secreto.

—Comprenda que debemos conocer qué grupo es el que se queda con un arma sofisticada y capaz de hundir un portaaviones.

—¿Quiere decir que una vez estalla el Exocet puede averiguarse de qué tipo de misil se trata?

—Una investigación a fondo puede llegar a identificarlo. No obstante, es difícil si el barco tocado se hunde.

—¿Tiene miedo a que falle?

—No hay cuidado, si falla se hunde en el mar. De todos modos, hay que cerciorarse de que no va a ser identificado para que no se acuse al gobierno francés.

—¿Temen que se les acuse de colaborar con los frentes de liberación.

—¿Otros les llaman terrorismo internacional, sea de un extremo político u otro.

—Tendré que consultar a mi grupo.

—Nosotros no vendemos algo tan importante como un Exocet a quien no pueda responsabilizarse adecuadamente. No es lo mismo un objetivo bélico que un objetivo civil. Un misil de esta clase podría utilizarse para el terror civil.

—¿Se refiere a, por ejemplo, exigir un dinero a cambio de no hacer estallar unos

depósitos o un transatlántico de pasaje?

—Exacto.

—De todos modos, nosotros podríamos engañarles diciéndoles que vamos a emplear el misil para algo concreto y luego utilizarlo para lo que nos conviniera.

—No sucederá así si nosotros conocemos la trayectoria del grupo guerrillero al que le vendemos.

—Es material bélico comprado en el mercado negro, mercado que algunos llaman

«mercado sucio».

—Sí, mercado sucio, lo que encarece el producto, como es lógico. Siempre ha sucedido así y siempre será igual. Se corren riesgos y hay que subvencionar estos riesgos pero, además, exigimos unas garantías mínimas.

—Pero el Exocet lo vende el ejército francés, ¿sí o no?

—No, rotundamente no. Ni el gobierno ni el ejército francés pueden quedar involucrados en este affaire del mercado negro de armas.

—¿Y si, por desgracia, se descubriera que un grupo como el mío o un país determinado tiene un Exocet?

—Bah, eso tiene fácil solución. Guy preguntó:

—¿Cuál?

—Robo de una partida de Exocets de un silo secreto

—¿Robo?

—De este modo, el gobierno francés se lavaría las manos. Como es natural, se buscaría a los responsables.

—¿Militares traidores como usted?

—Es demasiado presuponer que yo sea un traidor.

—¿No roba usted esos misiles Exocet para venderlos en el mercado negro?

—Si los robo como usted dice, será porque tengo facilidades para hacerlo. Pienso que todo esto no debe interesarle a ustedes. Si busca pistolas, fusiles, metralletas, puede ir a Bélgica, allí le venderán lo que desee; pero si quiere armas mayores, más sofisticadas, ha de buscar en otros lugares y someterse a las reglas. El dinero no es suficiente como garantía de comprador.

—Comprendo, pero ahora no estoy autorizado para revelar a qué grupo pertenezco.

—Puede consultar a sus compañeros.

—Mi grupo también querrá asegurarse de que usted puede vender el misil. Si usted recela de nosotros, nosotros también tenemos

derecho a desconfiar. Usted tiene una mercancía que vender y nosotros, dólares con qué pagar.

—¿Dólares?

—Sí, tenemos dinero en diferentes divisas. Nuestra tesorería es fuerte, naturalmente pensando siempre que somos un grupo de liberación y no un gobierno que llena sus arcas con impuestos a todos los niveles.

—Lo comprendo.

—Consultaré a mis compañeros y ya le he dicho que ellos también querrán garantías. Bien, después de todo, parece que llegamos a un principio de acuerdo. Mi grupo tiene dólares, puede estar seguro.

—Ahora faltan algunas puntualizaciones —dijo el supuesto coronel.

—Usted quiere conocer mi grupo para saber si somos de fiar, dentro de lo que cabe.

—Y su grupo quiere saber si realmente tenemos el misil a su disposición.

—Exactamente.

—Guy, hospédese en el hotel Meridien de Niza.

—¿Ha de ser en ese hotel, precisamente?

—Nosotros lo preferimos. Hemos de tomar algunas precauciones. Usted consulte a los suyos y nosotros nos pondremos en contacto con usted. Si ambas partes estamos conformes, llegaremos a un acuerdo de compraventa, estoy seguro.

—No quisiera que se demorara mucho esta compra. Tenemos un objetivo concreto que cumplir. Por supuesto, es un objetivo secreto, pero no teman, no se trata de un objetivo civil. No habrá muertos inocentes.

—Perfecto.

No hubo estrechón de manos. Guy abandonó el asiento y anduvo de regreso al coche donde Ivanna le esperaba.

Sabía muy bien que lo que le había ocurrido a su amigo y compañero el árabe Omar podía sucederle a él también; podían llenarle la espalda de plomo. Omar ben Jatai ya estaba en el frigorífico del hospital.

CAPITULO VII

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Ivanna, interesada.

—Hemos establecido un primer contacto.

—¿Bueno o malo?

—Creo que puede ser bueno.

—¿ Desconfianza?

—La lógica por ambas partes, claro.

El coche del supuesto coronel se puso en marcha a oscuras. Debía conocer bien aquel lugar porque no encendió los faros hasta entrar en la carretera. Entonces, aceleró y se alejó con rapidez.

Guy puso el motor de su automóvil en marcha y encendió los faros. Era como salir de las tinieblas. Ivanna encendió un cigarrillo y lo pasó a los labios del hombre.

—Verás como todo irá bien.

—Eso espero. Nos hace falta un buen golpe de efecto, algo que nos ponga en las primeras planas de la prensa mundial.

—Los hombres siempre estáis pensando en guerras —apuntó dando nueva forma a un comentario anterior.

—A mí no me gusta.

—Pues nadie lo diría —replicó Ivanna.

—Y a las mujeres, ¿qué os gusta, lo que se consigue con el dinero?

—Es posible que, de una forma u otra, todos seamos culpables.

Regresaron a la carretera y luego, a Niza. Se dirigieron a la discoteca Enfer. Si no se había cansado de esperar, Heloise aún estaría allí.

Cuando llegaron frente a la discoteca, Guy vio a un hombre que salía con cierto disimulo. Los faros del coche lo enfocaron y, de pronto, echó a correr.

—¡A ese tipo lo he visto en alguna parte! —exclamó Guy.

Ivanna se quedó dentro del coche cuando Guy saltó a la calzada a correr detrás del fugitivo.

Ambos corrieron. Aquel hombre, al verse casi alcanzado, pues Guy demostró tener unas piernas muy ligeras, se revolvió y sacó una pistola que comenzó a vomitar plomo y fuego.

Guy se lanzó al suelo. Rodó sobre sí mismo y desapareció por detrás de un coche estacionado.

En seguida reanudó la persecución. El tipo había conseguido doblar la calle y trataba de meterse en un coche. Tuvo mala suerte; en

su nerviosismo y por mantener la pistola en la diestra, se le cayeron las llaves al suelo.

Guy saltó como un felino y los dos rodaron por el suelo.

El fugitivo volvió a disparar su pistola que estaba provista de silenciador: a toda costa quería meter una bala en el cuerpo de Guy. Era como una fiera desesperada.

Guy consiguió golpearle la mano armada y ésta vaciló. Guy la sujetó con fuerza y golpeó los dedos armados contra el duro suelo hasta que soltó el arma, no sin antes escupir dos

balas más.

De un puntapié, Guy envió la pistola bajo el coche.

Logró hacerle una presa en el cuello y fue asfixiándolo hasta que aquel tipo aflojó sus brazos. Guy rebajó la presión; mantenía su mente con la frialdad suficiente y no era su propósito estrangularlo.

—¿Por qué mataste a Basil?

—¡Aaag!

—Aflojaré un poco, pero si no respondes bien, te apretaré el cuello hasta que saques un palmo de lengua. ¿Quién eres?

—No importa.

—Sí importa. Tú mataste a Basil y en Montecarlo trataste de asesinar a Ivanna.

—¡Los mataré a todos! —rugió.

Hablaba bien francés, pero en aquel momento y gracias a la luz de la farola, Guy pudo identificarle como a un latinoamericano.

Vehículos con ululantes sirenas pasaron muy cerca de ellos. No sólo eran de la policía, también llegaban coches del servicio de bomberos.

Al volverse, aquel tipo le propinó un rodillazo que lanzó a Guy contra el coche que el latinoamericano no había logrado abrir. El golpe en la cabeza fue muy duro. Entretanto, cerca, centelleaban las luces de los bomberos que buscaban posiciones delante de la discoteca Enfer.

El latinoamericano logró huir. Guy dudó un instante entre quedarse o perseguirle; lo que estaba ocurriendo en la discoteca le preocupó mucho.

Recogió las llaves que había perdido el fugitivo y, tras guardárselas en el bolsillo, corrió hacia la discoteca de donde salía una espesa humareda mientras los jóvenes escapaban alocadamente de lo que sin duda era un grave incendio.

—¡Eh! ¿Adónde va? —le interpeló un policía que trataba de

impedir que los curiosos estorbaran los trabajos de extinción.

Las puertas de emergencia se abrieron y la humareda comenzó a salir por todas partes. Los bomberos comenzaron a actuar y Guy se internó en el local abriéndose paso a codazos, contra corriente; iba como enloquecido.

—¡Heloise, Heloise! —gritaba.

Notó el maldito humo en sus pulmones. Sabía que el humo era el asesino silencioso, aquel humo que provenía de plásticos y derivados en su venenosa combustión.

Gritos, toses... Todos los que allí estaban trataban de huir, pero había habido caídas, golpes. El humo era tan denso que no se veían ni las llamas.

—¡Heloise, Heloise! —gritó entre angustiosas toses.

—Guy...

Estaba allí, acababa de oírla entre los gritos. La buscó a tientas, a punto de ser derribado por los que huían.

—¡Heloise!

El humo se metía en los alvéolos de sus pulmones, envenenando su sangre. Comprendía que a Heloise le estaría sucediendo algo parecido pero agravado, pues hacía más tiempo que estaba allí dentro.

La encontró casi tropezando con ella. No podía verla, pero su voz le siguió. Había quedado entre unas mesas caídas, debía de tener algún golpe.

A tientas, desesperadamente, la liberó de las mesas cuando los focos de los bomberos trataban de horadar la espesa humareda.

Guy cargó con Heloise cuando ya casi encima descubrió a los bomberos provistos de caretas antigás, extintores y mangueras. Iban en busca del foco del fuego.

Los bomberos quisieron ayudarles, pero Guy se bastó para sacar a la muchacha. Afuera había más focos y movimiento del personal contra incendios. Las luces centelleaban en la noche.

Unos sanitarios se les acercaron. Guy no dudó en meter a Heloise dentro de una ambulancia; había que oxigenarle los pulmones rápidamente. Incluso, él mismo tosía y se sentía mareado. Todo empezó a dar vueltas a su alrededor; el asesino silencioso había llegado a su sangre. Se lo llevaron en la misma ambulancia.

Ivanna se quedó a distancia, mezclada entre los curiosos y los jóvenes que habían conseguido escapar los primeros.

Uno de los empleados la reconoció y fue a su encuentro.

—Creo, creo que ha sido provocado —le dijo.

—¿Cómo ha sucedido?

—Para mí que han metido un paquete incendiario.

Ivanna prefirió retirarse. Si la señalaban como copropietaria de la discoteca que se estaba quemando, la policía se la llevaría a gendarmería y no deseaba verse metida en un interrogatorio antes de consultar con sus socios anónimos, los que jamás daban la cara y cuyos nombres no figuraban en parte alguna.

CAPITULO VIII

Ivanna estacionó su coche no lejos del muelle deportivo. No había mucha luz en aquel lugar. Sin prisa por apearse de su costoso automóvil, observó por los retrovisores por si alguien la había seguido. Cuando se hubo asegurado de que no era así, se decidió a salir del vehículo.

Cubierta con un abrigo de verano de color negro, apretó el paso hacia una embarcación. Era un yate modesto y antiguo aunque remozado, al que se le había pretendido dar un aspecto de modernidad con añadidos de chapa y mucho toldillo con flecos, pero no era un yate para atravesar océanos.

Nadie le impidió subir por la pasarela y descender luego unos peldaños. Había unas luces piloto encendidas, pero no parecía haber nadie, aunque Ivanna estaba segura de que por lo menos un par de ojos ocultos en alguna parte la vigilaban.

Cruzó una puerta y se quedó en la penumbra, allí sólo había la luz que entraba por las ventanillas que daban a cubierta.

—¿Mainfroi? —interpeló.

—¿Estás segura de que no te ha seguido nadie? —preguntó una voz autoritaria.

—Segura —respondió Ivanna.

Mainfroi tenía en la mano una pistola provista de silenciador. Había levantado el cañón y apuntaba al techo con ella.

Dio a un conmutador y se encendió una pequeña luz. Ivanna se dejó caer en un sofá, Mainfroi la miró. Ella quedó con las piernas al descubierto hasta más arriba de la mitad de los muslos.

—Tengo noticias de lo ocurrido al Enfer.

—Ha sido ese cabrón de indio, seguro —sentenció Ivanna mientras sacaba un cigarrillo y le prendía fuego con un encendedor de oro.

Mainfroi silabeó:

—Cazaremos al indio.

—Sí, eso ya lo dijiste, pero él ha jurado matarnos a todos y lo va a conseguir.

—Es un experto en matar, ha sido entrenado en Alemania.

—¿Sí?

Mainfroi, fornido, poco agraciado y no muy alto, se sentó al lado de Ivanna. Ella no se movió. El acercó el cañón de su pistola al muslo desnudo como para acariciarlo. Ivanna, que le conocía, no le dio

importancia a aquel tipo de caricia.

—¿Te lo dijo él?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Fue cuando manteníamos buenas relaciones, luego se estropearon. Tuvimos unos fallos que no volveremos a repetir, hay que cambiar más de refugios.

—Pero ¿no lo llevasteis con los ojos tapados? —siguió preguntando Ivanna.

—Sí, pero hay tipos que se las arreglan para averiguar lo que quieren saber. Con el indio éramos todavía primerizos.

—¿Y el árabe?

—Ese era un infiltrado para denunciar nuestra organización, lo averiguamos a tiempo y no tuvo escapatoria. Mientras le mostrábamos el cohete, registrábamos su habitación del hotel. Tenía una miniemisora escondida dentro de un libro, Martel descubrió que estaba conectada con...

—Mejor no lo digas, prefiero no saberlo. Estoy pensando que este negocio no es tan rentable como nos prometíamos.

—Lo será. Cometimos errores, pero ya ves, con el árabe supimos hacerlo mejor. Ahora tenemos a ese Guy.

—Ese comprará.

—¿Seguro? —inquirió Mainfroi.

—Está muy interesado.

—¿No te ha dicho a qué grupo pertenece?

—No, y no he conseguido averiguarlo.

—Ese tipo no suelta prenda, debemos tener cuidado con él.

—¿Crees que será como el indio? —sugirió Ivanna.

—No sé, me parece muy astuto.

—Es lógico que no revele sus secretos.

—Tendrá que revelarlos si quiere comprar.

—¿Habéis instalado la electrónica en su habitación?

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, todavía no sabemos en qué habitación se va a hospedar. Ya conoces nuestro procedimiento. Primero, él buscará habitación en el hotel Meridien como le hemos exigido. Como está bien entrenado, buscará chinches por todas partes y no va a encontrar nada. Cuando salga del hotel por cualquier motivo, entrará Martel en su habitación y primero la registrará.

—¿Y luego colocará los chinches?

—Exacto.

Mainfroi seguía acariciando el terso muslo femenino con el cañón del arma, aquel cañón enorme para una pistola, ya que estaba provisto de silenciador.

Como que las caricias habían ido subiendo hasta adentrarse por debajo de la falda, Ivanna apartó la pistola sin dejar de fumar ni mostrarse molesta. Sólo apartaba la pistola con la mano en un gesto de rechazo hacia el hombre.

—¿Qué pasa, soy peor que ese Guy?

Ivanna le miró y expulsó el humo hacia el techo. Sonreía casi con sarcasmo.

—¿Lo dudas?

—Eres una zorra.

—Yo soy una zorra pero, por favor, Mainfroi, no te quieras comparar con Guy.

—Vaya, creí que lo habías enamorado tú a él y no al revés.

—A mí no me enamora nadie —replicó Ivanna—. Llevo muchas horas de vuelo pese a que soy joven y conozco muy bien a los hombres.

—¿A qué viene esa actitud ahora? Bien que te arrimabas a mí y te comportabas como una gatita caliente —recordó Mainfroi en tono de reproche por los rechazos que estaba recibiendo.

—Olvidalo, las mujeres no siempre estamos del mismo humor.

—¿Estás en tu período?

—Haces demasiadas preguntas —replicó molesta.

No se levantó del sofá y tan sólo cubrió sus piernas en parte; no era el gesto de estirar la falda o cubrir las piernas con el abrigo de la mujer recatada. Ella estaba acostumbrada a que los hombres se fijaran en sus piernas y en otros puntos de su cuerpo, incluso que la manosearan.

—Tengo la impresión de que ese Guy te está cambiando y eso puede ser peligroso para ti.

—Si dijéramos que Guy es goloso, yo diría que le gustan toda clase de pasteles y que no menosprecia los selectos como yo.

—¿Estás insinuando que hay alguno que le gusta en especial?

—Sí.

—¿Como se llama?

—Bah, no tiene importancia.

—Sí puede tenerla.

—Esta noche ha arriesgado su vida por salvar a una chica del incendio de la discoteca. El estaba fuera conmigo y ha entrado después de pelearse con el indio. No he tenido ni tiempo de preguntarle qué ha sido de él.

—El indio habrá escapado, seguro, ese maldito tiene más vidas que los gatos, hasta que yo dé con su séptima vida y lo tumbe de un balazo. Si hace falta, le pegaré siete tiros para que no haya dudas. Ahora, hálame de esa chica que Guy antepone a ti.

—Guy ha estado conmigo y ambos lo hemos pasado bien. Responde mejor que nadie a los estímulos de una mujer.

—Pero tú sabes que prefiere a la otra. Hay muchos tipos que adoran a su mujercita, pero... si les ponen un bombón entre los dientes, lo muerden con sibaritismo.

—Esa chica aspira a ser Miss Francia.

—¿Ah, sí? Debe ser una chica perfecta y además, joven.

—Sí, y además muy joven —aceptó Ivanna, sarcástica.

—¿Y crees que puede aspirar a ser Miss Francia?

—Han salido peores.

—Eso quiere decir que sí tiene razones para aspirar al título.

—Eso creo.

—¿Su nombre?

—Heloise.

—¿Heloise, qué más?

—No lo sé. La han sacado en dos ocasiones en los posters centrales de la revista *Femme Sexy*.

—Vaya, una chica erótica. ¿Y dónde se hospeda?

—Se la llevaron en una ambulancia, a él también.

—¿Se han quemado?

—No lo sé, posiblemente se han intoxicado con el humo, pero, que yo sepa, ellos no se encuentran entre los tres muertos que ha habido. Por cierto, que una de las personas muertas es Madeleine precisamente.

—¿Y quién diablos es Madeleine?

—La directora de *Femme Sexy*. Es la que manejaba a Heloise, ella se había empeñado en convertir a la muchacha en Miss Francia. Por cierto, que conocía muy bien a Basil y a mí también, claro.

—Explícate mejor.

—El indio debió de poner el explosivo en la canoa y, posiblemente, lo hizo estallar por control remoto. Sabía que esa lancha motora no era de Basil, pero solía manejarla él y Heloise, esa chica

que parece estar en todas partes, era la que iba a remolque de la lancha.

—¿A remolque?

—Sí, estaban practicando esquí acuático.

—¿Basil y esa chica estaban en relaciones?

—Madeleine se la presentó a Basil para recomendarla. Intentaba conseguir que la nombraran Miss Discothèque Enfer, y Basil se la llevó a hacer esquí acuático, está claro que pensaba cepillársela. Ya conocías a Basil; a muchas de las aspirantes a Miss Discothèque Enfer se las llevó a la cama antes, y muchas de ellas jamás consiguieron ser miss, entre otras cosas porque se acostaba con varias y sólo podía darle el premio a una.

—Basil era muy listo, pero le llegó su hora. Ahora tenemos unos asuntos urgentes que llevar adelante. Primero, hay que averiguar a qué grupo pertenece ese Guy. Si fuera un infiltrado como el árabe...

—¿Lo matarías?

—No lo dudes ni un momento, y tú podrías ser un magnífico cebo para llevarlo a la trampa adecuada.

—Yo opino que esa Heloise sería aún mejor cebo.

—Lo dices resentida.

—Vete al diablo.

Mainfroi dejó la pistola sobre un estante y se inclinó sobre Ivanna. Le apartó las ropas, desnudándole las piernas, y puso sus manos sobre los muslos femeninos.

—Déjame, no estoy de humor.

—No te pongas pesada, Ivanna. Sé que estás resentida con ese Guy que ha preferido a Heloise, pero a mi me tendrás fiel a tu cuerpo.

—¡No quiero ahora! —protestó Ivanna tratando de levantarse, pero él se lo impidió.

Mainfroi era un hombre de comportamiento violento y no dudó en darle un puñetazo al hígado. Ivanna acusó el golpe en la mueca de su rostro y en el encogimiento de su cuerpo. Mainfroi le abrió las ropas con actitud dominante al tiempo que silabeaba:

—No seas estúpida. No quisiera tener que estropearle esa cara que aún conservas tan bonita.

—Te odio—escupió ella entre dientes.

Ivanna no pudo resistirse a las manazas de Mainfroi. Este había gozado de sus favores en otras ocasiones; sin embargo, aquella vez, la mujer se sintió repugnantemente violada. No se resistió con violencia; no era tonta y sabía que podía ser golpeada con salvajismo sin que

nadie acudiera en su ayuda.

CAPITULO IX

Guy permanecía tendido sobre la cama. Su camisa estaba abierta y una mascarilla de oxígeno cubría parte de su rostro. Al fin, un médico se acercó con una enfermera y le retiraron la mascarilla.

—¿Cómo se siente?

—Perfectamente —respondió.

—Veamos, póngase en pie.

Obedeció y fue evidente que, pese a su fortaleza física, tenía un cierto mareo.

—Tendrá que permanecer acostado por lo menos veinticuatro horas.

—No tengo tiempo.

—Ha de obedecer al doctor, no se puede mantener en pie, se marea.

—Así es. —El médico ratificó las palabras de la enfermera—. El envenenamiento ha pasado del sistema respiratorio a la sangre; no obstante, su intoxicación ha sido leve. La combustión de las materias plásticas origina gases sumamente venenosos. Si sólo fuera la asfixia que provoca la falta de oxígeno, no habría ningún problema, pero esos gases son veneno puro.

Guy se sentía como con resaca después de una noche de excesiva libación alcohólica.

Dejó que midieran su potencia pulmonar y asombró al propio médico. Llenó de admiración a la enfermera que observaba su tórax hinchándose y deshinchándose. El medidor advertía que los pulmones de Guy eran grandes y poderosos. La enfermera debía haber visto muchos tórax masculinos, pero sólo había sentido admiración frente a Guy.

—Tiene usted pulmones de atleta, amigo; incluso su respiración también es de atleta.

Tiene una pulsación baja y su poder de recuperación es alto.

—Su chica se sentirá orgullosa de usted —comentó la enfermera con algo de envidia.

—¿Cómo está la joven que llegó en la misma ambulancia que yo?

—¿Se refiere a la muchacha que se llama Heloise? —preguntó el médico.

—Sí.

—Está en la sala de mujeres, no tema por ella.

—¿Está bien? —insistió Guy.

—Se recuperará, pero necesita un par de días más. Le estamos dando oxígeno y también hay que cuidar su sangre.

—¿Puedo verla?

—No es conveniente. Ella sufrió un grado de envenenamiento superior al de usted, pero se recuperará. El gas tampoco ha llegado a afectarle los pulmones.

Pese a que le dijeron que a Heloise le dolería mucho la cabeza y que era mejor dejarla tranquila, Guy insistió en verla. Ella abrió los ojos, le miró y sus ojos se reavivaron. Guy le tomó la mano y notó en la mano femenina la presión que ella ejercía, una presión que era pura comunicación.

—Vendré a buscarte cuando estés lista para salir de aquí. Me han dicho que esto sólo será para ti como una borrachera.

Guy la dejó en el hospital y salió a la calle pese a que le pidieron que permaneciera una hora más en observación.

Se sentía mareado. Tomó un taxi y pidió que le llevaran al hotel Meridien. Cuando miró por el cristal posterior del vehículo, tuvo la certeza de que un automóvil le seguía a prudente distancia. El reflejo del sol le impedía ver quién estaba al volante de aquel coche.

Tenía que hospedarse en el hotel Meridien tal como acordara con los desconocidos que habrían de venderle el Exocet si podía pagarlo.

Despidió al taxi. Observó que el coche que le había estado siguiendo pasaba de largo, pero no muy lejos, se estacionó junto a la acera.

—Al diablo con vosotros —gruñó.

Aspiró aire, mucho aire para limpiar su sangre envenenada. Aún se sentía mareado, débil, y no quería parecer un beodo buscando una habitación para dormir la borrachera.

—Una habitación —pidió al conserje.

—Muy bien, señor. —El recepcionista miró de reojo a Guy y preguntó—: ¿Lleva el equipaje en el coche, señor?

—No, lo tengo en otra parte, ya iré a buscarlo luego. Primero quiero que me dé una habitación de la parte alta, deseo ver el mar.

—Tendrá una magnífica habitación, señor, pero será preciso que pague por adelantado.

—¿Admite cheques?

—Cuando se paga una semana por adelantado, sí, señor; por supuesto, si ocupa menos días la habitación, se le devolverá la diferencia.

Guy «tragó» con aquellas medidas precautorias que regían en la

recepción del hotel. Después de todo, se le podía tomar por un tipo sospechoso. Sus ropas estaban arrugadas y algo sucias, tampoco llevaba equipaje. Alguien, no muy lejos, al observar sus movimientos de ligero mareo, comentó en voz baja:

—Debe ser un drogata.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el conserje al observar uno de los vahídos.

—Necesito descansar, llevo varias noches sin dormir. He tenido que llevar el coche al taller.

—Si lo desea, un mozo irá a recogerlo.

—No es necesario. Cuando me recupere durmiendo, yo mismo lo haré. Por favor, pida al servicio que me suban cuatro huevos cocidos, unas tostadas, dos dobles de coñac, un vaso de leche.

—¿Algo más?

—Bueno, y media docena de ostras, que sean frescas.

—En seguida, señor.

Le condujeron a una habitación del séptimo piso desde el que, efectivamente, se divisaba el mar Mediterráneo con su incomparable azul.

Se desnudó, se metió en el baño y estuvo un buen rato bajo el agua fría. Envuelto en una toalla, salió a la terraza donde daba el sol y allí mismo le sirvieron lo que había pedido. Comió, bebió y luego se tendió en la cama. Se durmió con facilidad, aunque tuvo pesadillas.

El timbrazo del teléfono le despertó. Cuando con los ojos cerrados tanteó con la mano buscando el auricular, tuvo la impresión de hallarse en un barco en medio de una tormenta. Al fin, logró descolgarlo.

—¿Sí? —preguntó con voz soñolienta.

—¿Guy?

—Sí.

—Despierta, soy Ivanna.

—Ah, Ivanna...

—¿Cómo te encuentras?

—Dentro de un rato creo que me sentiré mejor.

—¿Sufriste quemaduras?

—No, pero el humo te deja peor que un mal viaje de «caballo».

—Dentro de media hora estaré con el coche frente al hotel. Te espero.

—Aguarda... —Lo pensó unos instantes y recapacitó; lo que quería decirle a Ivanna era mejor no hablarlo por teléfono—. Nada,

nada, ya hablaremos luego.

Se habían llevado su ropa para lavarla cuando le trajeron la comida. Ahora llamó por teléfono y le dijeron que su ropa ya estaba lavada, seca y planchada. Pidió que se la subieran, se vistió y cuando bajó a la puerta del hotel, el Alfa Romeo de Ivanna le esperaba. El recepcionista y el portero le observaron a distancia.

—¿Qué querías preguntarme por teléfono?

—Quería preguntarte lo que decían los periódicos sobre el incendio de la discoteca.

—Parece ser que se trata de un accidente desgraciado.

—¿No te han interrogado?

—¿Te refieres a la policía? —preguntó la mujer, mientras se alejaban de Niza en dirección a Montecarlo.

—Sí, claro.

—Buscan a Basil, pero parece que está fuera de la ciudad.

—¿A qué jugamos, Ivanna?

—No te entiendo.

—A Basil lo mataron dentro de la lancha, y seguro que el tipo que puso el explosivo es el mismo que incendió la discoteca Enfer.

—¿Ah, sí? ¿Se lo has dicho a la policía?

—Sí, para eso estoy yo, para ir a hablar con la policía... No quiero líos con ellos y hago mal acompañándote, porque en cualquier momento pueden detenerte. Tú, como copropietaria de la discoteca, debías haberte presentado ante el juez.

—No quiero que me interroguen como a una delincuente. Además, la discoteca era una sociedad anónima y todo estaba en regla. Teníamos todas las medidas de seguridad y las puertas de emergencia han funcionado con plena eficacia; por ello no ha sido una gran tragedia.

—Ha habido tres muertos.

—El pánico y la torpeza de algunas personas han causado esas bajas; no ha sido por culpa de la falta de medidas de seguridad.

—Pero tú sabes que el incendio ha sido provocado.

—Eso me temo.

—Yo estuve a punto de capturar al saboteador.

—¿Sí?

—Es el mismo que trató de matarte en Montecarlo, es un latinoamericano.

—A ese tipo le llamamos el indio —manifestó Ivanna.

—¿Por qué quiere asesinarte?

—Porque mis amigos tuvieron problemas con él. Habrá que matarle antes de que él consiga sus propósitos.

—¿Sabe la policía algo de esto?

—No, por supuesto que no. ¿Se lo piensas decir tú?

—¿Crees que estoy loco?

—Guy, te llevo a un club muy selectivo, hay piscina y una playa. A mí me gusta más la playa.

—No llevo mi bañador.

—No hay cuidado, para estas ocasiones hay puestos de venta de bañadores a bajo precio.

—Está bien, un baño en el mar no me irá mal. ¿Traes algún mensaje de tus amigos?

—Ellos están esperando que tú te pongas en contacto con los tuyos.

—¿Tienen prisa?

—Sí, por culpa del indio todos corremos peligro.

—¿Le viste la cara?

—Sí, le reconocería entre la multitud.

—Si lo capturaras o lo mataras, harías un gran favor a nuestra organización.

—Ese indio, como vosotros lo llamáis, parece desesperado. Yo diría que está mentalizado como un kamikaze.

—Es muy peligroso, y ya ha demostrado que sabe matar.

—Si se pone a mi alcance, os haré ese favor.

—Magnífico.

Ivanna se adentró por una calle estrecha que conducía a un club en el que entraron.

En un tenderete, Guy escogió un bañador. Se cambiaron. Ivanna apareció con un monotanga, exhibiendo sus hermosos pezones. Tomaron el sol tendidos en la arena; apenas había olas frente a ellos.

—Voy a nadar un poco. —Ivanna se puso en pie.

—Yo iré luego —dijo Guy que aún se sentía mal.

Exhibiendo su cuerpo felino y atrayente, la mujer anduvo hacia el mar. Varias miradas masculinas se clavaron en ella. Se zambulló en el agua. En aquel lugar, la mayoría de los bañistas se hallaban muy cerca de la orilla.

Guy se echó hacia atrás tumbado boca arriba, recuperándose rápidamente. Pensó en Heloise que permanecía en el hospital. De pronto, quiso ver dónde estaba Ivanna y se incorporó sobre la arena. Junto a la orilla vio a un hombre que se colocaba las gafas submarinas

con el tubo de respiración y tuvo la impresión de que conocía a aquel sujeto que se adentraba en el agua.

«Es el indio», se dijo de pronto.

Sin perder tiempo, corrió hacia las espumeantes olas. El indio ya nadaba rápidamente hacia Ivanna que se alejaba nadando con facilidad y estilo, apartándose de los bañistas. Ivanna ignoraría que el latinoamericano iba tras ella, apresuradamente. Era difícil reconocerle debido a las gafas submarinas y el respirador.

Guy no podía llamar a Ivanna, estaba muy lejos. Nadó con fuerza, pero era consciente de que iba a llegar tarde.

Ivanna se detuvo y dio media vuelta, mirando hacia la lejana playa.

No le gustó que aquel nadador se le acercara como si fuera un pescador submarinista que no utilizaba traje de neo preño, pero sí el corto tubo respirador. Cuando lo vio acercársele tanto, pensó que se trataba de un bromista o alguien que quería manosearla en la soledad del mar.

De pronto, aquel personaje se detuvo frente a ella. Alzó la cara y apartó el tubo de su boca. Ivanna le reconoció de inmediato.

—¡No!

Trató de zambullirse para escapar, pero ya una mano armada con un cuchillo de pesca submarina buscaba su hermoso cuerpo por debajo del nivel del agua.

Ivanna acusó la cuchillada en su abdomen.

El indio no se conformó con aquella cuchillada, sacó la hoja de aquel cuerpo escultural y volvió a clavarla en ella, moviendo la muñeca para que la hoja cortara las vísceras de la mujer.

Ivanna, aterrorizada y dolorida, quiso gritar, pero el agua entró en su boca y ahogó un grito. Inmediatamente, en torno suyo el agua se tiñó de rojo.

El asesino se volvió al ver que era alcanzado por otro nadador y alzó el cuchillo que el agua salada lavó de sangre.

Guy comprendió que había llegado tarde. El indio arremetió contra él, pero Guy ya estaba preparado.

La hoja estuvo a punto de clavarse en el cuerpo de Guy. Este consiguió sujetar la muñeca armada del atacante y desviar la trayectoria. No le soltó la muñeca y comenzó una desigual lucha cuerpo a cuerpo, ya que el indio tenía el letífero cuchillo.

La lucha se hizo salvaje y desesperada bajo el agua. Ambos intentaban contener la respiración. El indio trataba de zafarse y ambos

se propinaban golpes como podían.

Guy proyectó su rodilla contra las entrepiernas del indio, pero los golpes bajo el agua no tenían la misma efectividad que si hubieran sido dados en el exterior.

Mientras, Ivanna se hundía, sus pulmones se llenaban de agua. Las cuchilladas no la habían matado aún, pero las vísceras estaban cortadas y la muerte le llegaba dolorosa e irremediable.

Guy y el asesino se hundieron también. A distancia, alguien podía llegar a pensar que estaban jugando, un juego de muerte. Ambos contenían la respiración, uno de los dos tenía que ceder antes, ya que sus pulmones no podrían resistir más.

El indio forcejeaba para asestar una cuchillada a Guy, pero éste seguía sujetándole la mano. De pronto aquél, extenuado abrió la boca y sus pulmones se llenaron de agua. Su brazo cedió y el acero inoxidable del cuchillo, desviado por la mano de Guy, se hundió en su cuerpo. Entonces Guy lo soltó, apartándose de él.

Subió de nuevo a la superficie como impulsado por un muelle. Buscó aire y volvió a hundirse buscando a Ivanna.

Tuvo que sumergirse y emerger en tres ocasiones antes de encontrarla. Cuando consiguió cogerla por los cabellos bajo el agua, unos cabellos que flotaban como una extraña y fascinante planta marina, descubrió en los ojos de la mujer que ya estaba muerta.

Con una sensación de gran impotencia, comenzó a nadar hacia la playa.

Los cuerpos de Ivanna y del indio no se veían en la superficie de las aguas, pero Guy sabía que no tardarían en ser descubiertos por otros bañistas.

Llegó a la playa y se dejó caer sobre la arena. Cerca de él jugaban y reían unos niños.

Guy golpeó la arena con su puño cargado de rabia.

CAPITULO X

Guy estaba furioso consigo mismo, pues sentía en sus carnes una gran sensación de impotencia. Le gustaba la intervención activa, era como si su cerebro hubiera sido sumergido en un nidal de feroces hormigas.

Tenía que esperar. En aquel tipo de situaciones, el que más aguantaba era quien al final ganaba. Se lo habían dicho, él mismo lo sabía, pero quizá era demasiado joven para esperar.

El no era un burócrata ni un tipo que se pasara todo el tiempo frente a un tablero de ajedrez donde los contendientes fueran como piezas a mover.

Guy necesitaba actuar, se lo pedía el cuerpo. Era como hallarse frente a una hermosísima mujer y por autodisciplina mantenerse con una sonrisa fría, insensible a la atracción, aunque ambos estuvieran desnudos y solos el uno frente al otro en un lugar paradisíaco.

Tenía que sujetar sus instintos, sus ansias de tomarla entre sus brazos y poseerla con una mezcla de habilidad, mimo y pasión feroz.

Las mujeres exigían delicadeza, mucho cuidado y lentitud, pero en determinados momentos, también pedían una cierta violencia, una embestida imparable incluso para ella misma, para que la vida se les escapase por la boca y los ojos mientras su sexo absorbía incontenible, anulada la mente. Era una situación quizá pareja en un hombre de acción como lo era Guy.

La habitación del hotel Meridien era amplia, con terraza incluida, pero para Guy resultaba angosta, se convertía en una jaula inaguantable.

El día moría y las luces de la ciudad mediterránea se encendían. En el mar aparecían las luces de posición de las embarcaciones. Era un panorama maravilloso que Guy no llegaba a disfrutar, embebido como estaba en sus propios pensamientos.

El timbre del teléfono, tantas horas esperando, llegó a sobresaltarle. Aquel timbrazo sonaba en sus tendones tensos como un latigazo.

—Diga.

—¿Se acuerda de dónde estuvo la otra noche con nuestra común amiga?

—Sí, lo recuerdo perfectamente —respondió Guy.

—Pues, coja su coche y diríjase a ese lugar, sin compañía, claro. Si alguien le sigue, no habrá encuentro.

Guy deseó preguntar para conocer más detalles, pero la comunicación se cortó y tuvo que escuchar el desagradable pitido del teléfono; al otro lado habían colgado. En aquel momento, ya tenía quehacer, la espera se rompía. Había habido una cadena de muertes.

¿Sería él el siguiente eslabón?

Los hombres como Guy, preparados para situaciones difíciles, sabían bien que no debían contar demasiado con armas propias que podían delatarles, pero sí tenían una gran preparación en el empleo de las artes marciales orientales y con ellas debía actuar.

Una hora más tarde, Guy abandonó el hotel con toda naturalidad, como si se dispusiera a vivir la noche mediterránea. Subió a su coche y le dio la llave del contacto, ya no esperaba que se lo cargaran con explosivos.

El indio, que había sido el asesino de Basil y también de Ivanna, había muerto bajo las aguas azules del maravilloso mar de las culturas. La prensa de la noche aún no decía nada, y tampoco los noticieros radiales.

La ciudad, y también toda Francia, despertaría al día siguiente con la desagradable noticia del hallazgo de los dos cadáveres. Posiblemente, la prensa amarilla lo calificaría como un crimen pasional y el posterior suicidio del asesino. Sí, ésa sería la posible motivación de las muertes para los periódicos.

Pilotó su automóvil sin prisas, pues no quería llamar la atención de nadie. Sus ojos, a la par que vigilaban el tráfico, se mantenían alertas por si era seguido por algunos faros que persistían en mantenerse detrás de su automóvil a prudente distancia; pero no fue así. Dio varias vueltas hasta asegurarse de que no era seguido por nadie.

La operación que iba a llevar a cabo era demasiado importante para que se fuera al diablo, debía tomar precauciones para que nada ni nadie pudiera estropearla.

Se alejó hacia el norte. Se acordaba bien del camino seguido cuando pilotaba el Alfa Romeo de Ivanna.

A su mente acudió la imagen de aquella extraordinaria mujer. Ivanna no era ninguna ingenua. Sabía que en el mercado sucio en el que se hallaba metida hasta el cuello, podían quitarle la vida y así había ocurrido, pero como mujer sensual, había sido extraordinaria.

Era como si estuviera viendo de nuevo su sensual cuerpo, furiosamente atractivo. La veía reflejada en las luces de los faros que circulaban en dirección contraria frente a él.

Aquel mercado sucio se llevaba a gente interesante. Ivanna había estado jugando fuerte y había perdido.

Se adentró en el solitario bosquecillo, apagó las luces y se dispuso a esperar. Pasó un buen rato antes de que apareciera el otro coche que hizo sus señales luminosas. Luego, aquel automóvil se le acercó lentamente hasta situarse a su altura. Se abrió una de las portezuelas posteriores y una voz fuerte, autoritaria, le pidió:

—Suba al coche.

Guy abandonó su automóvil y pasó al otro, quedando junto a un desconocido. Otro hombre, al volante, reanudó la marcha.

—Tenemos unas normas y si quiere seguir adelante, deberá someterse a ellas —le dijeron.

—¿Cuáles son esas normas?

—Le voy a cubrir los ojos con una venda y le pondremos una capucha.

—¿Y si me niego?

—Entonces, se apea del coche porque no habrá entrevista.

—Está bien, adelante —se resignó Guy.

Dejó que le cubrieran los ojos y le colocaran la capucha. Lo que Guy ignoraba es que por aquella misma situación había pasado su amigo y compañero Omar ben Jatai poco antes de ser asesinado.

El coche rodó y rodó, dio vueltas en todos los sentidos por lo que Guy quedó desorientado. Al fin, disminuyó la marcha y se hundió por una rampa. Se trataba de un parking subterráneo, no cabía duda.

El coche se detuvo al fin y el hombre que se hallaba junto a Guy le exigió:

—No se quite la capucha hasta que se lo digamos, porque le llenaríamos de balas. Fue conducido por un pasillo estrecho.

Cuando quedó dentro de una salita, le quitaron la capucha y las vendas. Después de parpadear repetidamente, vio paredes y techo de color negro mate y una mesa con un foco que se dirigía hacia él. Tras la mesa estaba el militar.

Guy se protegió con la mano a modo de visera y consiguió distinguir al hombre que estaba al otro lado de la mesa.

Iba con el uniforme de coronel de las fuerzas del aire francesas.

—Bien venido, Guy. Soy el coronel Mainfroi.

—Se ha precipitado este encuentro, ¿no cree, coronel?

—Nuestra compañera ha desaparecido.

—Sí, ha muerto —aceptó Guy.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió el coronel Mainfroi.

—Fue el que ustedes llaman el indio, pero yo también lo dejé a él bajo las aguas con su propio cuchillo clavado en el cuerpo. Es posible que mañana salga en los periódicos.

—¿De veras ha muerto el indio?

—Sí, ya le digo que mañana saldrá publicado en los periódicos, aunque no me extrañaría que la noticia se diera como un crimen pasional.

El coronel Mainfroi suspiró aliviado.

—Menos mal que el indio ha muerto; ya nos tenía demasiado preocupados.

—¿Qué le hicieron para que se pusiera tan furioso contra ustedes?

—No es asunto suyo. Ahora díganos a qué grupo pertenece usted. Ya sabe que conocer ese punto es indispensable para que la compraventa del Exocet se lleve adelante.

—Todavía no he obtenido respuesta de los compañeros a los que represento.

—A mí me da la impresión de que eso es un juego que se lleva usted. Sabemos que usted no es lo que dice, es un infiltrado. Podíamos haberle matado ya, pero queremos sacarle información.

—¿Infiltrado? ¿Está usted loco, coronel?

—No, no estoy loco. Ivanna tenía la misión de sacarle una fotografía y así lo hizo.

—¿Y para qué querían una fotografía mía?

—Para investigarle.

—¿Cómo?

—Su fotografía fue identificada en el hospital.

—¿Sí?

—Sí, la identificó el médico y la enfermera del hospital en que trataban de salvar inútilmente la vida de un árabe que recibió su merecido; era un infiltrado, lo pudimos comprobar. Usted estuvo junto a su compañero en los momentos de su muerte.

Interiormente, Guy tuvo que reconocer que había sido una torpeza por su parte estar junto a Omar ben Jatai en los momentos de su muerte, porque «ellos» podían averiguarlo.

Volvió la cabeza y vio que tras él había dos hombres que sostenían en sus manos sendas pistolas provistas de silenciador. El coronel Mainfroi también estaba armado.

—¿Qué tiene que decir a eso, Guy?

—Que es cierto que estaba en contacto con Omar.

—¿Por qué y para qué?

—Porque él me dijo que compraba también armas al belga. Los dos queríamos lo mismo para nuestros respectivos grupos y decidimos ayudarnos en cuanto pudiéramos.

—¡Mientes! —estalló el coronel Mainfroi, asestando un puñetazo sobre la mesa.

Guy era consciente de que había llegado el momento crucial. Si comenzaba la tortura, tenía que resistir y contener su lengua, pero intuyó que el tipo que tenía delante emplearía malas artes para sonsacarle y no tardó en confirmarlo.

—Usted me ha preguntado y yo le he respondido. ¿Nos va a vender el misil o no? Sabe que le pagaremos en dólares.

—¿Crees que me voy a tragar semejante estupidez? Vamos a averiguar hasta dónde sabéis de nuestra organización. Por cierto, ¿no querías ver el Exocet?

—Sí, claro. Verá como acabaré convenciéndole de que mis intenciones son comprarlo. Se sintió empujado por los cañones de las pistolas que se apoyaron sobre sus riñones.

El coronel Mainfroi abandonó su asiento. Se abrió una puerta y te obligaron a cruzar el umbral. Llegaron al parking.

Unos focos estratégicamente colocados iluminaban el misil que se hallaban sobre un soporte de ruedas. Encima del misil, atada, había una mujer joven, parecían abrazar al misil con brazos y piernas, pero aquel abrazo era obligado, ya que sus muñecas y tobillos estaban bien atados.

—¿La conoce? —preguntó el supuesto coronel Mainfroi.

—¡Guy!

—¡Heloise!

Había llegado el momento de actuar y debía hacerlo rápidamente, sin dar tiempo a seguir adelante, o ya no tendría ninguna otra oportunidad.

Estaba encañonando por dos pistolas, aunque había una tercera que Mainfroi tenía colgada del cinturón, pero él aún tenía manos y pies libres.

Guy lanzó sus codos hacia atrás y hacia abajo, golpeando al mismo tiempo las dos manos armadas que le encañonaban los riñones.

Sonaron dos taponazos y las balas pasaron rozándole, pero inmediatamente sus codos volvieron a actuar golpeando los rostros de los dos tipos que tenía detrás, que iban bien armados, pero no eran tan expertos en la lucha como Guy había supuesto en principio.

Guy retrocedió saltando hacia atrás y consiguió sujetar una de las

manos armadas. Desvió el cañón apuntando al tipo en una acción rápida, obligando a la mano en que había hecho presa a jalar el gatillo por dos veces.

El otro hombre armado cayó alcanzado de lleno.

Mainfroi había empuñado su arma. Cuando quiso disparar contra Guy, éste se había colocado ya tras el hombre sobre el que había hecho presa y al que acababa de aplicarle un rodillazo en los genitales.

Le arrebató la pistola y disparó contra Mainfroi al tiempo que éste disparaba sobre Guy; pero éste utilizaba a su enemigo como escudo y notó cómo éste sufría los impactos de los plomos.

El supuesto coronel Mainfroi cayó al suelo, herido pero no de muerte. Trató de apuntar a Heloise con su arma, pero Guy, de un salto, llegó hasta él aplastándole la mano armada. Las detonaciones tronaron en el parking, ya que en esta ocasión, el supuesto coronel

Mainfroi no llevaba silenciador.

Guy no dudó en darle un puntapié en los dientes, dejándolo tendido.

—¡Guy, Guy! —gritó Heloise.

Guy miró a los otros dos hombres que yacían en el suelo; ninguno de ellos iba ya a reaccionar. En cuanto al militar, se hallaba herido y tendido en el suelo. Recogió su pistola y luego desató a Heloise. Esta le abrazó sollozando.

—Me sacaron del hospital en una camilla, Guy.

—Querían utilizarte para que yo hablara, querida, pero esto se terminó. —Miró el Exocet y dijo—; No sé cómo han llegado a tanto.

EPILOGO

Guy estaba rodeado de militares e ingenieros de armamento. El misil Exocet se hallaba abierto por su mitad.

—Ha hecho un buen trabajo, Guy —aprobó uno de los presentes que vestía de civil.

—¿Qué han averiguado del misil? —preguntó Guy.

—Es falso. Un artesano chapista muy experto consiguió construir este falso misil como si carrozara un coche.

—¿Y cómo logró hacerlo tan exacto al auténtico Exocet?

El interlocutor de Guy, un alto personaje del contraespionaje francés, suspiró.

—Porque el sargento especialista Mainfroi, que se hacía pasar por coronel, le mostró fotografías del Exocet y le facilitó las medidas exactas. Para un experto no fue difícil construir una especie de maqueta o misil simulado.

—Pero ¿cómo se tragarón el misil de pega quienes lo compraban?

—Sólo lo vendieron a unos latinoamericanos que terminaron por descubrirlo. No obstante, no era fácil, porque esta pequeña organización de zorros del mercado sucio de las armas eran expertos en explosivos y habían cargado el falso Exocet con oxígeno líquido y queroseno. Con eso garantizaban que saldría volando en cuanto se efectuara el disparo. Dentro también llevaban una carga de goma-2 que estallaría en cuanto se consumiera el combustible impulsor, y para los terroristas compradores que tratarían de abatir un barco o cualquier otro objetivo, quedaría como que el misil había fallado pero que no era falso; no obstante, debieron descubrir que se trataba de un misil de pega.

—Y por eso comenzó su venganza, la venganza del que ellos llamaban el indio.

—Así es, Guy. —confirmó otro militar—. Usted avisó de la muerte de Ivanna y del latinoamericano y recogimos los cadáveres, pero lo mantuvimos en secreto.

—Ha habido muchas muertes, pero este asunto ha terminado. Merece usted un descanso, Guy. Ya nadie venderá falsos Exocet a los terroristas internacionales.

—¿Y qué pasará con el sargento Mainfroi, el cerebro de este negocio sucio que se hacía pasar por coronel?

—Y también por el belga; ambos eran una misma persona. Ese personaje tenía un cerebro privilegiado, lástima que no lo empleara en

otras actividades superiores.

—Por lo visto, como sargento especialista destinado a misiles Exocet, quiso conseguir más altas metas enriqueciéndose por su cuenta.

—Ahora irá a la cárcel, pero sin demasiado ruido. Este asunto es mejor que quede en secreto.

Mientras los demás militares e ingenieros en misiles seguían examinando aquella obra de artesanía de unos zorros, Guy abandonó el lugar.

En la calle, a bordo del coche, le esperaba Heloise.

—¿Te he hecho aguardar mucho?

—No —sonrió ella.

—Entonces, vamos a pasarlo bien. Por cierto, ¿qué piensas respecto a eso de ser Miss Francia?

—Olvidalo —se rió ella—. Me he convencido de que es demasiado peligroso intentarlo.

Ambos rieron mientras Guy pisaba el acelerador en busca de las playas mediterráneas españolas que eran mejores y más tranquilas que las francesas.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



11736



9 788402 025135

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España